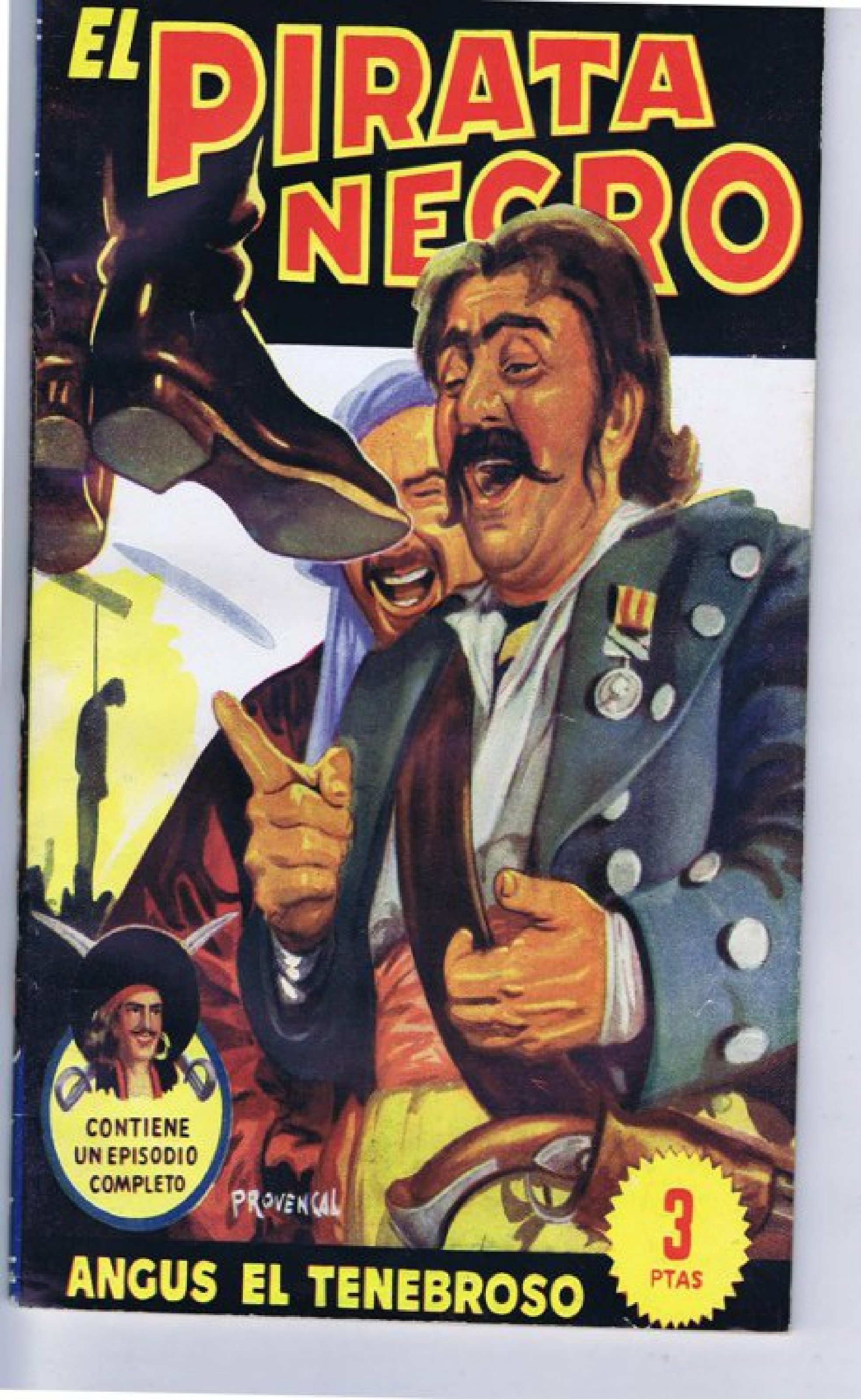
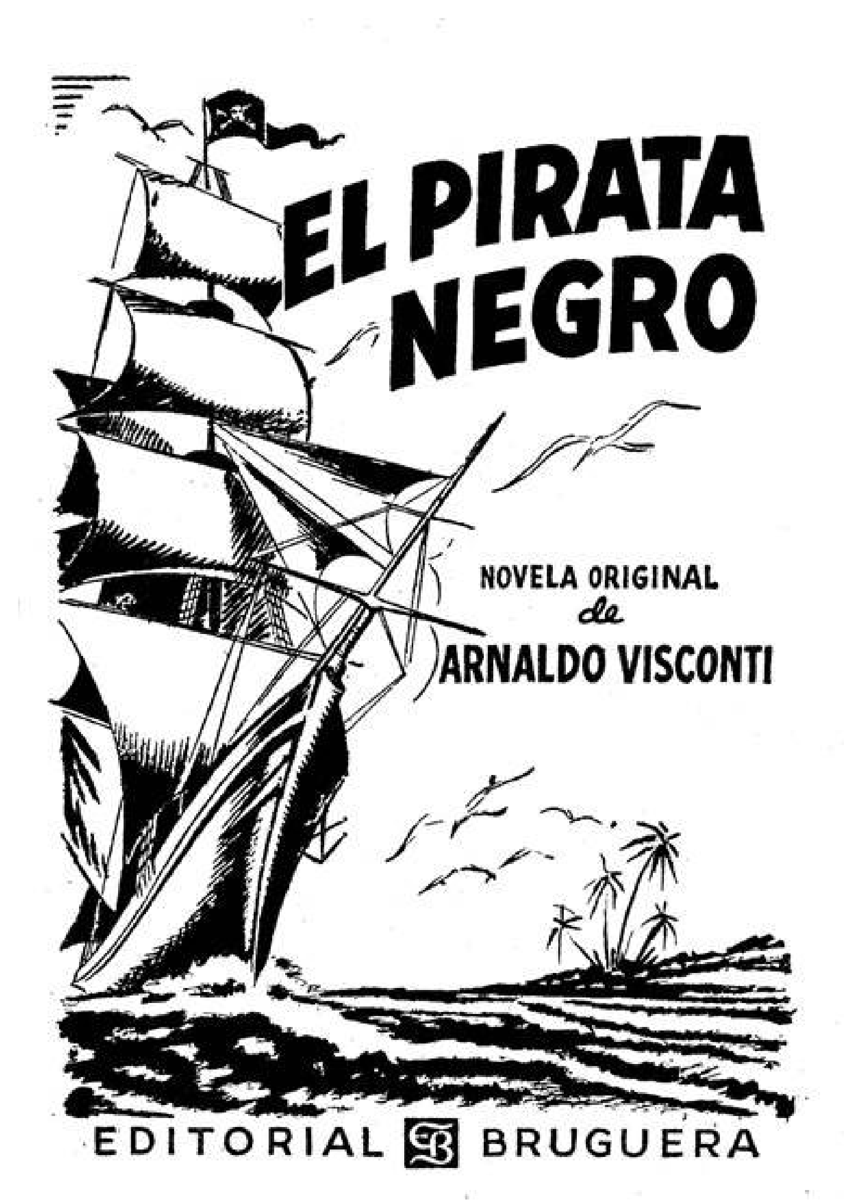

EL PIRATA NEGRO
CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO
PROVENCAL
3 PTAS
ANGUS EL TENEBROSO

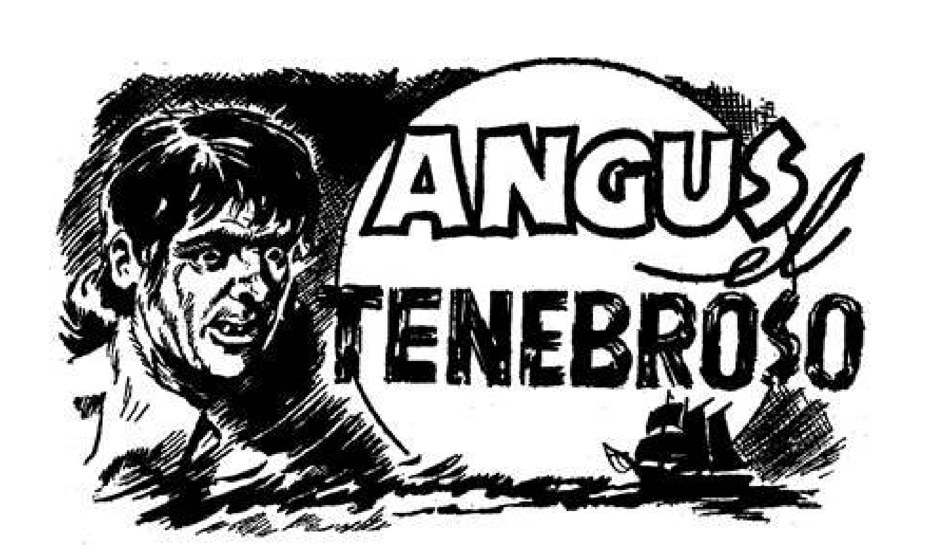

EL PIRATA
NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

# Angus el tenebroso

**Colección El Pirata Negro n.° 35**

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
*BARCELONA*
*1947*


ANGUS
el
TENEBROSO

# PRÓLOGO

Youenn Cossec y Henri Le Barz, sentados en la arena, contemplaban las lanchas de pesca que iban aproximándose a la bahía de Trelazé, empujadas sin violencia por el fresco viento del noroeste, que hacía innecesario el uso de los remos.

Contra el agua de verdes transparencias, se destacaban las siluetas de las mujeres. Las esposas, hermanas e hijas que acudían a la espera, para ayudar a los hombres en la descarga del botín arrancado a las entrañas del mar.

—¡Y nosotros sin haber podido hacernos al largo! —exclamó Youenn Cossec, queriendo indicar con ello que su barca no había seguido a las demás cuando salieron a la labor.

Henri Le Barz, desde la inmensa altura de su experiencia, gruñó inteligiblemente. Ya no era joven: había «corrido mundo»... desde la costa bretona de Trelazé hasta París, en un viaje corto de una semana. Pero aquello bastaba para darle la consideración de sus paisanos de Trelazé.

Lo cierto era que Henri Le Barz era un bretón que a la rudeza de sus paisanos unía una honda experiencia natural. Presumía de saber muchas cosas y de poder juzgar sin temor a equivocarse el carácter de cuantos le rodeaban.

Solía acertar sin grandes dificultades, y al menos en lo que se refería a Youenn Cossec, acertaba. Hacía ya tiempo que había «tomado la medida» a Youenn, el propietario de la lancha, de la cual era el patrón.

—El boquete de popa pide dos días de reparación, Youenn.

—No comprendo aún cómo pudo rajarse una madera tan sólida.

Henri Le Barz volvió levemente la cabeza, contemplando a su vecino, como siempre solía mirarle: con una mirada en que se

expresaba un hondo estupor ante la ingenuidad de Youenn Cossec.

—Te advertí que no debiste comprar la lancha a Groez Diqueloun. Pero eres el amo, eres el que tiene la bolsa, Youenn. Y no quisiste hacer caso de mi experiencia. La madera muy sufrida, tan trabajada como el cuero curtido del viejo Groez. Compraste, y ahora aguanta las consecuencias.

—Bien tenía que comprar una lancha, Henri. Necesitaba sustituir la mía, después de naufragar el día de la galerna negra.

Henri Le Barz redondeó los labios y con voz bien timbrada cantó:

*«Ma mestrezik a zo moan*
*Evel eur zilien,*
*Lambed e'deux ma zao dorn,*
*Lambed e'ar voulien.»*

Al oir la canción, Youenn Cossec respiró con fuerza, cerrando los puños. Era un coloso juvenil, de diecisiete años vigorosos. Todo músculo y fibra.

Pero se le aquietó el chispazo de ira, al ver el afectuoso y bonachón semblante de Henri Le Barz, cuyos cuarenta y cuatro años tenían la fortaleza del pescador sobrio y endurecido por años de bregar con la tormenta y la escasez.

Sí, pensó Youenn: ella tiene el talle esbelto y es huidiza como una anguila. Repitió en voz baja las palabras de la canción:

*«Mi amiga es tan esbelta*
*como una anguila.*
*Saltó de entre mis manos*
*Saltó la bella.»*

La tosca canción popular, fué susurrada por Youenn con acento casi místico. Henri Le Barz rodeándose las rodillas con sus dos brazos, miró de nuevo hacia las barcas que iban entrando. Habló sin dureza, procurando mitigar sus palabras:

—Compraste la lancha del viejo Groez, porque Catel, su nieta, tiene un talle esbelto y mucho mar en los ojos. Youenn, yo también tuve diecisiete años. También era huérfano como tú, aunque no heredé dinero ninguno. Y también me enamoré, pero por Santa Ana te aseguro que en aquella edad yo no hubiese comprado una lancha medio podrida, por más dinero que tuviera, y por más cantos de sirena que hubiera en unos verdes ojos.

—Catel no sabía siquiera que yo quería comprar a Groez…

—Pero sabía que tú la comprarías, porque Groez no podía ya hacerse a la mar y había manifestado que quería venderla. Fuiste torpe, Youenn. Eres un buen mozo, trabajador, no bebes ni miras a las maritornes de las tabernas de Poul-Dreuz. Casi no vas a Poul-Dreuz más que cuando tienes que comprar aparejos. Fuiste torpe, Youenn.

—La lancha no es tan mala…

—No hablaba ya de la lancha. Hablaba de Catel. Yo en tu lugar le hubiese abordado así al viejo Groez: «Hola, Groez. Cien luises por la lancha»…

—¡Cien luises! La compré en treinta y pagué bien.

—No me dejaste terminar. Le hubiese dicho al viejo Groez: «Hola, Groez. Cien Luises por la lancha y por Catel».

Saltó en pie Youenn Cossec, gigantesco en su metro noventa de músculo y acometividad. Era impulsivo, y sus puños cerrados tenían un volumen inquietante.

Pero Henri Le Barz siguió sentado abrazándose las rodillas. Flemáticamente, añadió:

—Y el viejo Groez, me habría contestado: «Trato hecho, Youenn, buen mozo. Te llevas una esposa como no la hay en toda Bretaña. Limpia, honesta y trabajadora cual más. Y de hermosa, ni en París las favoritas del Rey pueden competir con ella.»

Youenn Cossec de nuevo distendió sus músculos, aunque por espacio de dos segundos, Henri Le Barz corrió el peligro de ser aplastado contra arena en que se sentaba.

—No me atrevo a decírselo, Henri. Es tan bonita… Cuando se mueve, tiene la airosa suavidad de una brisa mañanera, y hay en sus ojos una luz única, una alegría callada, que me hace nacer un goce infinito aquí dentro…

Y brutalmente golpeóse Youenn Cossec el robusto pecho.

—Muchas noches voy y rondo la casa de Groez. Por el camino lo he arreglado todo. Me he dicho: «Apenas la vea le diré… ella me contestará… entonces yo le diré…»

—Y no entras, y te vas como un perro mojado.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió admirado Youenn.

—Eres tímido, Youenn. Cuestión de raza. Yo también lo era a tu edad. Y seguí siéndolo hasta los cuarenta años con todas las

mujeres. Hasta que tarde, comprendí que era un insensato.

Las lanchas habían ya atracado y la actividad reinaba. Las mujeres se mezclaban con los hombres, rellenando las amplias canastas planas.

Henri Le Barz levantóse y en gesto usual, cogió la mano diestra de Youenn Cossec.

—Ven, buen mozo. Vamos a dar un paseo.

—¿Hacia dónde quieres ir?

—A hablar con Groez Diqueloun

Henri Le Barz no era ni mucho menos un hombre de exigua talla. Pero lo parecía al lado del joven bretón, que como un niño asustado, detuvo al que le sostenía por la mano.

—Qué quieres decirle a Groez Diqueloun?

—Ya lo oirás. ¿Para qué hacérmelo repetir dos veces?

—Escucha, Henri. Eres patrón de mi lancha. No hay mejor marino que tú en Trelazé. Pero... te mato. Te mato si...

—Vamos, hijo. No sé si es la hermosura del sol y la calma del mar, pero hoy me siento paternal. Yo te quiero, Youenn, y tú también. No hablemos más..., No hablemos ¡asno!

A regañadientes, Youenn Cossec siguió al patrón de su lancha. Henri Le Barz sólo le soltó la mano cuando se detuvieron ante la puerta de la mísera cabaña de los Diqueloun, y ya había llamado en ella.

Por la única ventana, vióse un aletear de lazos negros tras la blanca cofia femenina, y un frufrú de faldas...

—La sardinita huye cuando llega el voraz tiburón —rió Le Barz. — ¡Ah, juventud, juventud! Suerte que yo...

Al abrirse la puerta Henri Le Barz se interrumpió. En el marco, la rechoncha figura de Groez Diqueloun se dibujó. Brazos cortos, piernas cortas, rostro redondo de luna, y ancha barba en collar. Un blanco collar que rodeaba en halo luminoso el rostro curtido, surcado de arrugas, mezclándose en enmarañada contusión con los blancos cabellos revueltos.

—Hola, Le Barz. Hola, Youenn. ¿Una «chiott gut»?

Era el clásico saludo de bienvenida a una visita grata: ¿una lágrima de licor? El áspero licor de hierbas maceradas en alcohol,..

—Hola, Groez —saludó Le Barz entrando.

—Buenas tardes, Groez Dinqueloun —dijo roncamente Youenn.

Cerró la puerta el viejo, sentándose a continuación. Tosco el mobiliario, pobres los adornos en tela chillona, pero todo limpio, reluciente.

Ante la mesa, sentáronse Le Barz y Cossec. El viejo bretón reclinóse en su sillón, que él mismo había tallado de un tronco.

—Buena pesca-dijo mientras vertía con sumo cuidado casi gota por gota el licor ambarino en tres tazas, mojando apenas el fondo. Tapó con esmero la botella. —Catel os vió llegar. Trajo la botella y las tazas. A veces es muy generosa... pero os lo merecéis— añadió coa risa cascada y aguda.

Chocaron los tres las tazas, y Le Barz señaló hacia el mar, tendiendo el brazo, mientras bebía. Depositó la taza.

—El hombre cuando brega con el mar, Groez, brega mejor si una esposa le espera.

—Sí, que sí —afirmó Groez Dinqueloun.— Pero el mar es glotón. Mis dos hijos se los llevó. Sólo me queda Catel. La pobre Corentine al morir nos dejó solos. Muy solos... Pero Catel me ayudará a morir.

—Tienes aún muchas agallas, Groez. Cuando te entierren yo estaré ya comiendo hierba por las raíces.

—¡Catel! —llamó agudamente Groez.

La llamada entró con los ojos bajos, cruzadas las manos ante su delantal. No se veía de ella más que el perfil de puro trazo, y el cuerpo esbelto, porque la cofia inclinada sombreaba su rostro, y los párpados bajos velaban la luz de sus verdes ojos fascinantes.

—Siéntate, Catel —ordenó el viejo.— Siempre se aprende escuchando al amigo Le Barz. Un gran marino...

—Como lo será Youenn. Nada como un pez, rema como tres, cambia una vela él solo, coge el timón sin ayuda, y conoce las corrientes, las mareas y los escollos casi tan bien como yo.

El aludido por el elogio de Le Barz, se envalentonó hasta atreverse a mirar de soslayo a la que estaba sentada de perfil. Con la garganta seca, logró murmurar:

—Hola, Catel.

—Hola, Youenn —pronunció ella casi inaudiblemente.

Rió Groez y le hizo eco Le Barz.

—Músculos duros, miembros ágiles —fue detallando Groez, mirando a Youenn como el que detalla a un caballo.— Ojos claros sin miedo, negros cabellos latinos... los de tu madre, Youenn Cossec.

Será un buen pescador.

Catel Dinqueloun ladeó ligeramente el rostro. Fué solo un relámpago el de sus ojos verdes al posarse en Youenn, y éste que la miraba arrobado, pestañeó enrojeciendo,

—Hola, Catel.

—Hola, Youenn.

Groez Dinqueloun dióse grandes palmadas en los dos muslos, y su risa aguda respondió como un eco a las estentóreas carcajadas de Henri Le Barz. La sana y ruda jovialidad de los dos bretones se contagió a Catel, que emitió una risa alegre.

Sus ojos se posaron ya decididos en Youenn Cossec. Rió éste mostrando los blancos dientes, y también sus ojos quedaron fijos en la verde luz alegre...

—Tendrás un hijo más en casa; Groez —dijo Le Barz al terminar de reir.

—Y quiero pronto un biznieto —dijo amenazador el viejo.

Así quedaron apalabrados a la usanza bretona los esponsales de Youenn Cossec con Catel Dinqueloun.

—Todo cuanto tengo, padre Groez, será para mí, para ti, y para Catel —dijo precipitadamente Youenn, cumpliendo con su obligación.— Venderé mi casita a Jerome que la quiere, y vendré aquí. ¿Cuándo?

La pregunta fué tan brusca como rugido incontenible, que el propio Youenn fué ahora el primero en reir.

—Hoy es sábado, dos de septiembre del año 1710 —calculó Groez—. El diez, pondré en esta mesa cinco botellas para obsequiar a los invitados.

—Yo añadiré cinco de mi bolsillo —dijo Le Barz, poniéndose en pie.

—«¡Choca!» —exclamó Youenn, tendiendo abierta su ancha diestra.

El viejo estrechó la mano ofrecida sellando el compromiso.

—«¡Choca!» dijo Youenn, acercándose a la muchacha.

Levantóse ella y Youenn cogió la pequeña mano con extremoso cuidado. Pero sacudió el brazo femenino sin miramientos.

No hubo más. Pero mientras bajaban hacia la playa, Youenn Cossec pasóse la mano zurda por los ojos.

—Hay relente, y sopla de mar —se excusó.

—Es verdad —mintió Le Barz.— ¿Eres feliz, buen mozo?

—Tengo hambre de gritar, Henri. Gritar hasta caer rendido...

—Entonces habrías de pasarte hasta el domingo día diez, gritando. Para rendirte el cansancio, hacen falta muchas tormentas, Youenn.

—Gracias, Henri. Tú eres bueno. Tú eres como mi padre.

En silencio, Henri Le Barz volvió a coger la mano de Youenn Cossec, y así fueron andando hasta rozar con sus pies la espuma de las últimas olas en su sempiterno beso con la franja de arena.

A lo lejos, a unas cinco millas de la bahía, un punto negro aparecía y desaparecía, como devorado y aupado alternativamente por las olas anchas, pero sin furia.

—Un velero —dijo Youenn por decir algo, pero su pensamiento estaba muy alejado. Estaba pendiente de una mirada verdosa, alegre y buena...

—Un velero —repitió Le Barz.

Volvieron a sentarse en la arena, y sólo cuando la noche cayó, dirigiéronse hacia la pequeña aldea. Treinta casas a lo sumo...

Humeaban las chimeneas, y la gente de Trelazé era feliz, tranquilamente feliz.

Hacia las cuatro de la mañana la tormenta se desencadenó. Silbó con furia por espacio de una hora, y por eso los pescadores quedáronse una hora más en la cama.

Una hora que cambió la historia del pacifico pueblo de Trelazé. A favor de la tormenta, que amparó sus pasos, medio centenar de piratas ingleses, por el desierto litoral, fueron, avanzando a pie.

Y en las tinieblas, confundidos con el aullido del viento, fueron penetrando casa por casa. Hubo conatos de lucha... Viejos y niños fueron degollados, mientras los hombres jóvenes o los entrados en edad, pero fuertes, eran maniatados, así como las mujeres.

Amaneció el día grisáceo, pero la mar se encalmó poco a poco.

Youenn Cossec había luchado bravamente, así como Henri Le Barz. Pero sucumbieron a la superioridad armada de los piratas ingleses. Henri Le Barz mostraba ahora la ancha herida que sangraba en su pecho, abierto por un golpe de sable.

Youenn Cossec pestañeaba para restañar la sangre que manaba de su frente cortada. Quería ven a Catel...

La vió, atada como él, y si bien, los piratas que sujetaban los

cordajes que rodeaban su pecho eran tres, y ella era sostenida por uno solo, exhaló Youenn un rugido, y arrastró tras él un corto trecho a los tres piratas que a sus espaldas le vigilaban.

El que mandaba la fuerza criminal del velero pirata, habló en un inglés de guturales desinencias, con fuerte acento escocés:

—Empezad la limpieza.

Los bretones estaban alineados a una distancia de cinco pasos de las mujeres. Eran tan sólo veinte. El resto yacía calcinado entre los escombros ardientes de las chozas a las que los piratas habían prendido fuego.

Las mujeres sumaban veintidós.

El escocés capitán del velero, desfiló entre las mujeres. Las miraba lentamente, y hacía una señal. Si levantaba el brazo, la mujer ante la que estaba era separada a un lado. Si bajaba el brazo, la señalada iba a engrosar otro grupo más reducido.

Vió Youenn que Catel formaba en un grupo compuesto únicamente por cuatro. Las más bonitas de Trelazé...

El capitán escocés pasó delante de la hilera de hombres. También repitió sus señales. En un grupo quedaron juntos Le Barz y Youenn...

Miraron fijamente al frente de ellos, donde dos piratas estaban colgando de un árbol a uno de los hombres del otro grupo: el débil Yvon que sólo servía para remendar redes.

Cuando los pies de Yvon se inmovilizaron, un coro de carcajadas estalló entre los piratas ingleses. Sucesivamente repitióse la misma escena, hasta que sólo quedaron seis hombres.

Hablando un francés defectuoso, pero que se dejaba comprender, el jefe escocés enfrentóse con Youenn Cossec y Henri Le Barz.

—Por orden de Agnus Mac Dougherty, mi señor, empiezo a cumplir expediciones de castigo contra suelo francés. Vosotros seis iréis a remar a sus galeras de vela. Sois fuertes y podréis...

Interrumpióse de pronto, desenvainando... El sol atravesaba ya las brumas del amanecer, iluminando la escena dantesca de los ahorcados, y los prisioneros cuyos rostros plasmaban la más honda desesperación...

Pero el gesto del capitán pirata, no obedecía a acción contra los prisioneros.

Silenciosamente, acababan de irrumpir en la playa, saliendo de. detrás de unas rocas, un grupo de hombres vestidos a la usanza de los pescadores, pantalón azul hasta media pierna, pies desnudos y ancha camisa de burdo tejido.

Pero llevaban entre los dientes un puñal atravesado, y blandían hachas y corvos sables de abordaje.

Destacábanse de ellos un corpulento hombretón de rostro cicatrizado y un sujeto larguirucho de amplio tórax y piernas esqueléticas.

Los piratas ingleses viéronse rodeados por los gesticulantes atacantes que fueron trabando con ellos un violento cuerpo a cuerpo.

Partió algún disparo... Llenóse el aire de entrechocar metálico, gritos agónicos y blasfemias... El ataque por sorpresa, sembró pronto la arena de cadáveres.

Quedaron con vida siete piratas ingleses, que prestamente quedaron inmovilizados, con las muñecas sujetas a la espalda.

Desde lo alto de una roca, un hombre vestido enteramente de negro, había estado presenciando toda la lucha, brazos cruzados y sombrío el gesto.

Un pañuelo rojo era la única nota de color en su atuendo. Anudaba los largos cabellos negros, que en rizos rebeldes, estriados de blanco algunos de ellos, asomaban por los bordes de la roja seda.

Los bretones supervivientes, siguieron postrados en infinita desesperación. Sabían cómo combatían los piratas entre sí...

El hombretón del rostro cosido de cicatrices, fué a detenerse al pie de la roca enjugándose con el dorso del antebrazo el sudor que resbalaba por su horrenda faz.

—Como dijiste, señor, eran poco enemigo.

—Colgadlos y reid a carcajadas cuando bailen el último pataleo. Dejad con vida tan sólo a aquél.

El dedo del Pirata Negro señaló al que poco antes hablaba en francés a sus prisioneros.

—Piratas españoles —murmuró Le Barz...

Haciendo vecindad a los que poco antes ellos mismos habían ahorcado, seis piratas ingleses quedaron suspendidos. Los tripulantes del «Aquilón» cumplieron muy gustosos la orden transmitida por Cien Chirlos y rieron a mandíbula batiente cada vez

que uno de los ingleses pataleaba al extremo del cáñamo.

Terminadas las ejecuciones, Carlos Lozana, el Pirata Negro, saltó desde lo alto de la roca. Con felina elasticidad, fué a rebotar sobre la punta de los pies, entre las dos hileras de prisioneros bretones, dando frente al capitán escocés.

—No reiste ahora, escocés —dijo Lezama.

El aludido, dió a entender con su mueca de sorpresa que no esperaba que aquel español, qué se le antojaba imagen viva de un inexorable verdugo satánico, pudiera hablar tan correctamente y mejor que él su propio idioma.

—Soltadlo —ordenó el Pirata Negro.

Las manos que inmovilizaban al pirata inglés, abriéronse. Sorprendido de nuevo, el inglés vaciló...

—Te explicaré lo sucedido, cofrade —dijo secamente el Pirata Negro.— Esta madrugada nos sorprendió la tormenta. Buscamos refugio en una cala cercana. Divisé un barco anclado en otra bahía. El tuyo, ostentando jactanciosamente el pabellón corsario escocés. No queda ningún tripulante a tu bordo. Pasados a cuchillo.

Hablaba con tanta frialdad, que el escocés parecía haber perdido la facultad de efectuar el menor movimiento.

—¿No preguntas por qué los pasé a cuchillo, si yo también ostento un pabellón pirata? Envié a diez de mis hombres, cuando vi el incendio y comprendí lo sucedido. Ahora tu barco quedará en poder de esos pobres imbéciles que no supieron o no pudieron defender sus hogares. Buen barco, que si no les compensará de la matanza que ordenaste, al menos les permitirá, con su venta, rehacer sus chozas. Te oí apenas llegué, citar el nombre de Angus Mac Dougherty. Es el mismo nombre del que apoyó la carrera de Hugh Foster. Tú vas a ser el segundo de la lista de los hombres a las órdenes de Angus, al que tendré el placer de hacer arañar el suelo.

Apartóse unos pasos el Pirata Negro, arrojando al suelo su cinto.

—¡Dadle un puñal! —ordenó en español.

El propio Cien Chirlos entregó al jefe de los piratas el arma que recogió de un cadáver inglés. Este engarfió la diestra alrededor de la empuñadura, mirando con ojos extraviados al que, brazos cruzados, sin armas, avanzaba ahora hasta detenerse a un paso delante de él.

Quizá fué el pánico ante lo incomprensible, lo que desató en el escocés una fiebre combativa. Con una horrenda blasfemia, asestó

una feroz puñalada al pecho que se le ofrecía inerme.

La punta del arma quedó detenida a escasos milímetros de la negra camisa. El brazo del escocés, aprisionado entre unos dedos que parecían de hierro, crujió…

La rodilla del Pirata Negro proyectóse hacia arriba alcanzando de lleno en el bajo vientre al pirata inglés, que inclinóse hacia delante con un gemido, intentando con su cabeza chocar contra el estómago del que acababa de golpearle.

Ladeó la cintura el Pirata Negro y mientras su mano derecha retorcía el brazo aprisionado, hasta hacerle saltar la clavícula, que se rompió coa estallido angustiante, su puño izquierdo abatióse contra la nuca inclinada.

Como un buey apuntillado, el escocés quedó tendido con la boca contra la arena y el brazo válido arañando el suelo…

—¡Colgadlo! —dijo secamente el Pirata Negro.— Sólo sabe asesinar. No sabe luchar.

Ni una vez había mirado a las que reunidas ahora en estrecho grupo apretábanse asustadas. Delante de ellas, Youenn Cossec y Henri Le Barz, y los otros cuatro bretones formaban una barrera inútil, con sus manos atadas a la espalda…

Cuando el escocés colgó de un árbol, ya ocupado por cuatro ahorcados, el Pirata Negro descruzó los brazos.

Fijóse en el coloso bretón de rostro aniñado, pero cuyos ojos claros mostraban una infinita desesperación.

—¿Tu nombre? —inquirió en francés.

—Youenn Cossec. Te creía español, pirata.

—Lo soy.

—Entonces… si cierto es lo que cuentan… lo que cuentan Henri Le Barz, los españoles sois…

Destacóse Henri Le Barz, que atajó con su voz la de Youenn:

—Somos seis hombres fuertes, pirata. Tus esclavos. Remaremos en tu barco cuando las velas no puedan maniobrar.

—Mi barco no es galera. Guando no sopla viento, se mantiene al pairo.

Henri Le Barz hincóse de rodillas, atadas sus manos a la espalda.

—Eres español, pirata.

—Y por lo mismo me revienta que me hablen arrodillado. Ponte en pie, bretón.

Henri Le Barz siguió arrodillado.

—Por ellas, español. Déjalas libres. Mátanos a nosotros, pero por Santa Ana, por lo que más ames en el mundo... déjalas libres. Si no miente la fama, ningún español hace daño a mujeres buenas.

—Tampoco a las que tú consideras malas, bretón.

El gesto del Pirata Negro al volver la espada al arrodillado, pareció despectivo. Su orden en español fué breve:

—Desatadlos a todos.

Pero Youenn Cossec no entendía el idioma castellano. Desesperado, convencido de la triste suerte que esperaba a Catel, lanzóse impulsivamente hacia delante, con la decisión de derribar de un cabezazo al pirata español en busca de una rápida muerte que le evitara el tormento de contemplar inerme a Catel, la de los ojos alegres, ahora sumidos en tristeza llorosa.

Vaciló como un toro al que le huye la capa, porque la espalda que pensaba acometer con la frente, hurtóse en salto lateral.

Carlos Lezama apoyó ambas manos sobre los anchos hombros del bretón.

—Esta energía antes, Youenn Cossec. Un hombre de tu talla no debería estar atado, sino muerto.

—Nos atacaron estando durmiendo-dijo Youenn, rabiosamente. —¡Termina ya conmigo, pirata!

Intentó sacudirse la presión del que ante él, si bien algo más bajo de estatura, le demostró poseer una acerada fuerza, al mantenerle quieto bajo la presión de sus dos manos en sus hombros.

—¿Por qué tu empeño en morir sin antes preguntar si acaso mi real capricho no consiente que sigas viviendo? Vuelve el rostro, Youenn Cossec.

Obedeció maquinalmente el bretón, y no creyó lo que sus ojos veían. Los forasteros estaban liberando las ligaduras que aprisionaban las muñecas de las mujeres y de los cinco supervivientes.

Sintió deslizarse algo frío entre sus muñecas y una brusca sacudida: la cuerda se cortó y quedaron libres sus dos brazos...

Henri Le Barz avanzó cogiendo la diestra de Youenn Cossec.

—Calla, hijo —advirtió alarmado.— No puede ser burla. ¡No lo es!

El Pirata Negro examinó el rostro del que acababa de hablar.

—En tu negativa hay mucho convencimiento, bretón. ¿Por qué aseguras tan de firme lo que ignoras?

—Leo en los rostros, señor español.

—¿Sí? —y la voz que preguntaba sonó con evidente sarcasmo.— ¿Y qué has leído en el mío?

—Un pasado atormentado. Penas que virilmente has soportado. Eso es lo que hace tu ceño adusto. Pero para mí, que me llamo Henri Le Barz, tu adustez no es la del hombre al que la vida ajena le tiene sin cuidado.

—Te advierto que la vida ajena me trae completamente sin cuidado.

—Si es de enemigos, y en lucha leal, sí.

—Sabes adular...

—¡No! Nunca adulo —se engalló Le Barz.— Eres hombre que se burla de su propia nobleza de alma, considerándolo una debilidad. Pero en tus ojos hay la expresión del que nunca mató a traición, como lo demostraste ahorcando al que diste puñal para defenderse. Y aunque seas pirata, tú no has cometido nunca acción contra mujer... ¡porque eres español y naciste de buena madre!

Agobiado por la emoción de su perorata, y aunque en el fondo inquieto por la suerte de las veinte mujeres, Henri Le Barz, asido fuertemente por la mano de Youenn Cossec, mordióse los labios para que no se viera en ellos el temblor.

—¡A bordo todos vosotros! —ordenó el Pirata Negro.— Conmigo tan sólo tú, guapetón. ¡Desfilen!

Cien Chirlos, hinchando el pecho, fue a colocarse tres pasos detrás del Pirata Negro. El no entendía el francés ni sabía lo que estaba diciendo aquel hombretón asido como un niño de la mano del gigante, pero si sabía que al cinto llevaba un sable, un hacha y un puñal.

Y una turba de mujeres y seis hombres no cometerían la grave imprudencia de osar atacarle a «él», cuyas espaldas guardaba.

Dirigidos por el segundo lugarteniente, el andaluz «Piernas Largas», fueron alejándose los piratas, desapareciendo tras las rocas.

Del grupo de mujeres a las que los cuatro pescadores supervivientes procuraban aquietar con palabras rudas, destacóse Catel Dinqueloun, que fué a colocarse junto a Youenn Cossec. Apoyóse en él.

El gigante bretón sintió en su garganta un extraño calor...

—Hola, Youenn.

—Hola, Catel.

El Pirata Negro dedicó una ojeada rápida a Catel. Con el meñique acaricióse el fino bigote que sombreaba su labio.

—Comprendo ahora tus prisas por morir, Youenn Cossec. Si es tu esposa, aún hay felicidad en este mundo para ti. Con ella al lado, emprende nueva vida. Vete al interior... Tate... Me estoy metiendo a consejero. Adiós, buena gente.

Volvióse de espaldas y pasó ante Cien Chirlos, que con el rostro vuelto hacia atrás, echó a andar en pos del que le precedía.

Habían ya cruzado las rocas, cuando Cien Chirlos apoyó ambas manos en su cinto, mostrando los dientes en mueca inconsciente, como un perro que se dispone a morder...

El Pirata Negro se detuvo y, brazos cruzados, vió llegar a Henri Le Barz corriendo.

—¡No es posible, señor, no es posible! —jadeó el bretón.

—¿Qué ocurre ahora?..

—No... comprendo. Te vas...

—¿Qué quieres? ¿Que encima remiende tus redes? ¿O que sea yo el que mezcle la masa para levantar chozas? Sé que los bretones sois tercos y persistiréis en quedaros en el litoral, pese a cuantos Angus Mac Dougherty y sus esbirros hagan incursiones como esta.

—Te vas... señor, y... no aguardaste siquiera a que te demostrásemos lo que no sabemos explicar.

Youenn Cossec avanzó con el semblante transfigurado, porque en su diestra la mano de Catel le producía la fresca sensación de un pececillo recién extraído del agua...

—Pocos hemos quedado vivos, señor —dijo gravemente, seleccionando con esfuerzo las palabras.— Ellas irán a otro poblado. Dispón de nosotros. Somos seis marinos, y a tu bordo trabajaremos incansablemente.

—Sois marinos... Mi velero es barco pirata.

—A tus órdenes, cumpliremos cuanto mandes... ¡que malo no puede ser!

El Pirata Negro descruzó los brazos y señaló a Catel.

—El timón de tu barco es ella, Youenn Cossec. Comprendo lo que quieres significar. Es tu agradecimiento. Lo acepto. Pero

quédate en tierra con los otros cinco. Ellas son muchas y vosotros pocos. Debéis defenderlas y… ¡Rayos! ¿A mi qué se me importa de vuestros quebraderos y desventuras? Vámonos, guapetón —añadió en español.

Cien Chirlos echó a andar, pero receloso. No le gustaba aquella gente que hablaba una jerga incomprensible, y que ahora, como un rebaño de corderos, andaba pisándole casi los talones.

—Vienen tras nosotros, señor —advirtió en voz baja.

—Cortesía se llama a lo que hacen, so bruto. Cosa que tú no entiendes. Vienen a despedirnos.

Era una extraña comitiva. Al frente de la hilera, el Pirata Negro andando a largas zancadas; tras él, a tres pasos de distancia, Cien Chinos, apoyadas las manos en el cinto, y dando un traspiés de vez en cuando, debido a que no apartaba la vista del gigante que acompañado de una muñeca esbelta, camina detrás, a pocos pasos.

Y en abierto grupo, Henri Le Barz al frente de cuatro hombres y todas las mujeres de Trelazé que habían salvado la vida, por jóvenes.

El velero inglés, sin nadie en cubierta, anclado en una bahía entre altos acantilados, desplegaba sus velas menores en inútil espera de sus tripulantes.

Diez minutos después, en la playa, el Pirata negro dio frente al otro velero, cuyos tripulantes estaban alineados en cubierta.

Se detuvo, y dando media vuelta encaróse con Youenn Cossec.



*—Pocos hemos quedado vivos, señor...*

—El velero que queda en la bahía próxima tiene mucha madera, Youenn Cossec. Y buenas lonas. ¿Me permites?

El gesto fué tan inesperado, que Youenn Cossec cerró los puños al ver que el Pirata Negro asía la diestra pendiente de Catel, e inclinándose, rozaba con sus labios la fresca mano de la bretona.

Pero los abrió enseguida, íntimamente complacido ante el gesto galante del pirata que se le antojó el personaje que también pirata pero nacido en Bretaña, sembró años antes la admiración en todos los mares y costas, y cuyas historias sabía narrar tan bien Henri Le Barz.

Catel Dinqueloun apoyóse aún más contra el hombro de Youenn. Confusa ocultó tras su espalda la mano besada.

—Gracias, señor —dijo ingenuamente.

—Yo soy quien os las da, señora.

También inesperadamente, Youenn Cossec enlazó por la cintura a Catel, y con gesto torpe rozó con sus labios la tersa mejilla.

—Adiós, Catel.

—Adiós, Youenn.

Youenn Cossec, seguido por Henri Le Barz y los otros cuatro pescadores, seis ejemplares de viril fuerza, se dirigieron al extremo

de la playa, y erguidos, con los pies bañados por la espuma, quedáronse mirando el mar, vueltas las espaldas a las mujeres que ahora rodearon a Catel. Varias de ellas abrazáronse entre sí...

El Pirata Negro, perplejo, aproximóse, tocando en el hombro a una de ellas.

—Perdón. ¿Podéis, señora, explicarme por qué todas habéis dicho adiós a vuestros compañeros?

La interpelada forzó una sonrisa entre lágrimas.

—Nos despedíamos, señor. Nosotras iremos ahora al pueblo de Poul-Dreuz, que nos dará acogida. Ayudaremos a los hombres de Poul-Dreuz.

Con el pulgar, el Pirata Negro señaló por encima de sus espaldas.

—A aquellos seis es a los que tenéis que ayudar.

—Ellos se van en vuestro barco, señor. Porque vos salvasteis nuestras vidas.

—Tate... Hay agradecimientos que... En fin, ruego a vuestras compañeras que cesen de lagrimear. Si el bretón es testarudo, a terco nadie me gana, señoras mías.

Fué con paso aplomado que el Pirata Negro se acercó a Youenn Cossec que le volvía la espalda.

—Me dirijo a ti, Youenn, porque eres el más bruto de todos tus compañeros. Atiende bien. ¿Pensáis venir a bordo?

—Es nuestro deber. Servir a tu órdenes.

—Ya. ¿Sabes ahorcar?

—Nunca colgué a nadie, señor. Pero si preciso, aprenderé.

—¿Qué tal degüellas?

—Sólo he matado una gallina, hace dos años cuando se casó Corentine Hénaíf. Pero...

—Sí, aprenderás. Bien; prestadme oído, bretones del diablo. Ahora voy con rumbo a la costa normanda y después a la costa inglesa. A mi regreso os vendré a buscar. Pero en estos momentos me seriáis un estorbo. ¿Me oyes, Le Barz? —exclamó dirigiéndose a éste.— Seríais un estorbo... Id con vuestras mujeres.

—Si vas a Inglaterra, señor, con más razón debes llevarnos contigo..

—Explícate.

—¡Yo lo haré por él! —exclamó Youenn.— Murieron nuestros

viejos, y los niños.

—Han muerto también los que cometieron tan incalificable crimen.

—Pero queda impune el que los mandó: Angus Mac Dougherty. Y no seríamos hombres, si bajo tus órdenes, no lográsemos algún día matar a Angus Mac Dougherty y sus piratas asesinos. A nado iremos a tu bordo.

El Pirata Negro cruzó los brazos, irritado. Con la barbilla señaló su velero.

—Hay allí cuarenta hombres. Daré orden de que hagan fuego sobre vosotros y se lleven a vuestras mujeres si me seguís. Y tu Catel será mi favorita por varios días...

Henri Le Barz colocó sus dos manos en los bíceps voluminosos de Youenn.

—Es una orden, Youenn. El señor español no nos quiere. Es una orden.

Una lancha aguardaba con dos remeros. Entró en ella el Pirata Negro y tras él, Cien Chirlos.

—Remad —dijo Lezama lacónicamente.

En la orilla, seis bretones hicieron la señal de la cruz... mientras la lancha que conducía al hombre por el que rezaban, se alejaba.

La voz estentórea de Henri Le Barz gritó:

—¡Señor! ¡Por favor! ¡Tu nombre!

—¡Carlos Lezama! —gritó el Pirata Negro.

Y sentado en la proa de la lancha que se acercaba ya al «Aquilón», rezongó:

—Si no les hubiera dicho mi nombre eran capaces de seguir mi estela nadando. Buena gente, primitiva, sana y torpe. Tercos como asnos... Pero ojalá abundase ese ganado...

En ademán incontenible apoyó bruscamente la mano en el hombro de Cien Chirlos.

—Son como tú, guapetón. Perrazos fieles que se dejarían matar por el que les trata amistosamente.

Cien Chirlos se esponjó ufanamente. Ahora sentía simpatía por aquellos que allá en la playa, rodeados por blancos vestidos femeninos, seguían erguidos mirando hacia el velero.

Aletearon las velas, mientras la cadena izaba el ancla. Y desde el castillete de proa, el Pirata Negro vió el revoloteo de blancos

delantales con los que las mujeres supervivientes de Trelazé despedían a un pirata español.

* * *

Media hora después bajaba a la sala capitana, donde Catalina Maca la portuguesa, terminaba de desayunar.

—¿No será cierto, lo que me ha dicho Curro, señor? —preguntó.

—Piernas Largas es andaluz. No respondo de lo que haya podido contarte, Lina.

—Dijo que la costa normanda era tu próximo anclaje.

—Es cierto. Allí enterramos nuestros cañones. Vuelvo a recogerlos.

—Pero es que añadió que allí desembarcaría yo.

—También es cierto. Allí desembarcarás.

—¿Que haré sola en tierra desconocida?

—Tienes oro y lengua. Con el oro mercas plaza en diligencias, y hablando se andan los caminos

Catalina Maca esbozó una triste sonrisa.

—Nunca pude imaginar que mi compañía te resultase molesta.

—Tratemos de no torcer el timón Lina. ¿Por qué viniste a mi bordo? Para adquirir la certidumbre de que Hugh Foster morirla. Ya lo viste. Ahora debes pues regresar a tu tierra.

—Un barco como este, necesita una mujer. Hay ropa que coser...

—Los hombres de mar cosen mejor que muchas de vosotras.

—Cocinar...

—A bordo se come mejor que en los hogares.

—¡Quiero quedarme a bordo del «Aquilón»!

—Tate... Mandona me salió la portuguesiña. Olvidas por lo visto que en un barco sólo hay una voz de mando: la del capitán que lo capitanea. Y éste, aquí, soy yo. Tú desembarcarás en Normandía, aunque sea amarrada. Tienes mi palabra de que así será. Hasta París te acompañará uno de mis hombres porqué necesito un enlace en tierra francesa.

—Dijo Curro —habló desviando la conversación— que ibas a Inglaterra, porque tenías que ajustarles las cuentas a varios ingleses.

—El andaluz habla demasiado.

—Fui yo quien le sonsaqué. ¿Por qué vas a tierra inglesa?

—La primera y principal razón es porque me da la gana. La segunda es porque, cumplo mis citas, y cuatro señores quedaron

apalabrados conmigo.

—¿Acaso también lady Hermione Denver?

—También. Tiene el mismo derecho que tú a saber que Hugh Foster ha dejado de existir.

—Ella es distinta. Es hermosa, es fina, es una gran dama...

—Mi natural galante me impide llamarte estúpida, Lina. ¡Mujeres, mujeres! ¿Es que no hay otra especia de animal en la tierra además del hombre... y vosotras? Bien sabes que si antaño fui faldero, harto estoy de serlo. Para mí, tú y Hermione y cuantas más deambulen por toda la tierra, no existen. Y aunque no debiera explicártelo, aprende por si me honras con absurdos rencorcillos de mujer bonita, aprende que lady Hermione Denver no me aguarda en ninguna cita, porqué cayó presa en poder de Angus Mac Dougherty.

Inclinó ella la cabeza, apesadumbrada. Pero una cierta esperanza, alentaba en ella. Sabía que era irrevocable la decisión del Pirata Negro de desembarcarla en tierra normanda.

Pero quedaba un tripulante del «Aquilón» en tierra, y por él sabría el día del regreso, o el paradero del hombre que había sido para ella la imagen personificada de la caballerosidad ruda y afectuosa.

Y conocedora ya del carácter de su salvador, sin protestas despidióse de él, cuando el «Aquilón» ancló ante una playa desértica y baja del litoral normando.

—Buena suerte, Lina —dijo secamente el Pirata Negro.— Dáme la mano, y préstame un segundo tu mejilla.

Los dos besos fraternales, avivaron los deseos de ella de alejarse. No quería que él la viera sollozar...

Consiguió que el enlace retrasase la salida hacia París, y desde una loma próxima a la playa, vió partir el velero hacia el norte, rumbo a algún paraje desconocido de la isla inglesa.

Y a semejanza de los marinos bretones, trazó una lenta Cruz ante ella abarcando la imagen del barco que se aventuraba hacia un peligro inaudito, pese a sus cañones escondidos, y a sus hombres vestidos a la usanza de los pescadores.

# Primera Parte

## INTRIGAS PALACIEGAS

# CAPÍTULO PRIMERO

**Rumbos peligrosos**

La niebla espesa envolvía en masas algodonosas el velero que izadas tan solo las lonas de medio trapo, avanzaba cautelosamente, en pugna contra la corriente que le ofrecía una tenaz resistencia.

En lo alto de la gavia, el vigía lanzaba de vez en cuando una voz y como eco de ella, una campana de grave sonoridad repiqueteaba apresuradamente, anunciando la presencia del barco.

Los débiles reflejos de las linternas de aviso del buque que rondaba navegando entre la niebla, habían advertido al vigía y a su vez la campana del velero ponía precaución en el avance del otro barco, que también repicaba su campana de situación.

Y esta maniobra a ciegas iba repitiéndose a cortos intervalos. La navegación era abundante en el estrecho Canal que separaba las costas francesa e inglesa.

En el castillete de proa del velero, había dos hombres. Uno de ellos apoyaba ambas manos en el reborde, y erguía la cabeza desistiendo de atisbar entre la niebla.

Tan sólo crispaba las manos, gesto que ponía de relieve los músculos de su tórax recubierto por negra camisa de seda, cuando repicaban las campanas de aviso, y al pasar el instante de posible abordaje en las tinieblas, volvía a mirar frente a sí, sin fijar la vista en ningún lugar determinado.

Tras él, a un paso de distancia, un robusto sujeto de compacta humanidad maciza y rostro surcado de cicatrices mal cosidas, dedicaba muecas amenazadoras a la niebla envolvente, como si pretendiera ahuyentarla con sus pueriles aspavientos.

Sólo una vez volvió la cabeza el que estaba delante, y la luz del farol colgado del castillete, iluminó el semblante corcusido del que estaba detrás.

Carlos Lezama, el Pirata Negro, volvió a mirar otra vez frente a si.

Habló con parsimonia, pero en la monotonía de su voz alentaba un fondo de rudo afecto.

—No te gustan esos cendales de ropaje espeso que quieren abrigar al «Aquilón». Era mejor el Caribe, guapetón. Allí las noches podían ser tormentosas, pero eran claras y veíamos venir al enemigo. Esta es tierra neblinosa y pérfida, y hay avisos en la naturaleza, Cien Chirlos.

El aludido tendía el oído con gran complacencia. Muchas veces no comprendía el oculto significado de lo que «él» le decía, pero era «él» quien hablaba...

—Nieblas suaves, que acarician —siguió diciendo el Pirata Negro—. No tienen la crudeza de los nubarrones del Caribe, que vomitaba trombas de aire huracanado, pero se disipaban pronto. Aqui todo es más suave, más delicado, como corresponde a un brazo de mar que reposa entre dos Cortes intrigantes y distinguidas: Francia a estribor, Inglaterra a babor.

El vigía lanzó su alerta, y la campana desgranó su angustioso lamento para alejar la singladura del buque que invisible tras la niebla, navegaba cerca.

Cuando cesó el lenguaje de las campanas en diálogo de borda a borda, reanudó Lezama sus reflexiones en alta voz:

—Y la naturaleza me avisa, Cien Chirlos. Con su niebla me advierte que me aproximo a tierra donde las luchas son sordas, opacas, neblinosas. Y la corriente empuja el casco del «Aquilón» como pretendiendo alejarle de la costa hacia la que hace rumbo. Un rumbo peligroso, porque Inglaterra no es una isla del Caribe, guapetón. Y sólo un pirata como yo, engreído y caprichoso, puede atreverse a seguir tercamente este rumbo.

—La niebla te favorece, señor. A su amparo vamos a puerto, sin que nos salgan al paso los inglesados con sus muchos barcos.

—Quien te quiera envenenar, guapetón, te da primero mosto del más sabroso. Tú eres un perro viejo que muchas pulgas te sacudiste allá en el Caribe. Pudiste ser testigo de que muchos piratuchos acabaron prontamente sus andanzas. ¿Por qué? Porque también ellos, a favor de cualquier niebla, acometieron empresas arriesgadas. Pero se olvidaron que lo fácil no es nunca llegar a un

sitio, sino retirarse de él.

—Nos hiciste vestir como visten los pescadores de esos litorales, señor. Para los inglesados somos gente laboriosa que ara con la quilla el mar para sacarle la cosecha de escamas.

—Los que tú llamas inglesados, poseen más escamas que un banco de sardinas bien nutridas. Por varias razones quiero pasearme por Londres, la gran ciudad, capital de este reino de brumas. Pero no puedo dejar al pairo o aguardándome al «Aquilón». Por esto, en cuanto ponga pie a tierra en la embocadura del Támesis, tú y todos desharéis rumbo y mejoraréis el casco prudentemente en la bahía normanda donde recogimos los cañones. Y allí aguardaréis por un mes mi regreso. Si fallo a la cita, tuyo y de Piernas Largas es el mando de este velero.

«Cien Chirlos» quería hablar, pero la elocuencia no era su fuerte. Dejó oír un sordo murmullo…

—No quiero permitir que ningún hombre pueda nunca jactarse de que a citas falté; esta es una de las razones por las que acudo a Londres. Son cinco galanes, perfumados. Uno de ellos es «lord», título inglés de grandes pujos. Le salté unos dientes y comprendo que si por mi marcha precipitada no pude darle mayor satisfacción, se la debo ahora. Los otros cuatro son «sigisbeos». Llaman así a los esbirros, espadachines de renombre, que forman guardia personal de algún personaje conspicuo. Y lo es lord Bolingbrooke, porque es nada menos que uno de los dos jefes del partido que ahora gobierna y cuenta con el favor de la reina Ana. No hagas tantos aspavientos, guapetón. Engreído soy, pero no tanto que pretenda entrar en corral ajeno galleando de pirata español. Usé el nombre de Charles Lazyman, pretendido irlandés. Me añadió el «sir», que es un título isleño, una dama, Lady Hermione Denver a la que tengo que ver.

«Cien Chirlos» descendió una de sus cejas en esfuerzo meditativo. El Pirata Negro, sin volverse, pareció adivinarle, porque explicó:

—No es dama que me haya citado para oír galanteos. Es hermana de lord Barton Denver, el hombre al cual tuve el placer de hacerle saltar unos dientes. Y ha sido objeto de rapto por orden de un escocés llamado Angus Mac Dougherty… El mismo que también dió órdenes para que fueran degollados los pobladores de la mísera aldea que ha poco visitamos en la costa bretona. Y por eso voy a

Londres. Primero para darles cuantas satisfacciones deseen, a punta de espada, a Lord Barton Denver y los cuatro sigisbeos. Después... para ver si me entrevisto personal y privadamente con Angus Mac Dougherty.

La campana estuvo repicando largos instantes. Al acallarse los últimos tañidos, prosiguió el Pirata Negro:

—No se me escapa que en este viaje a Londres, no todo van a ser comodidades. Pero más tranquilo andaré si sé que mi «Aquilón» está en buenas manos y a buen recaudo.

—¡¡Faro cinco puntos al noroeste!! —gritó la voz del vigía desde lo alto. Repitió por dos veces su anuncio.

—Las luces de señales de entrada al río de Londres: el Támesis —comentó el Pirata Negro.— Vete al timón, «Cien Chirlos». Dale orden al timonel de enfilar proa dos puntos a babor de la última luz de señal. Allí desembarcaré. Luego que le hayas informado sobre su misión, ven a mi camarote.

Cuando «Cien Chirlos» entró en la sala capitana, ya Carlos Lezama habíase revestido de «tierra» como designaban los dos lugartenientes, el sobrio y distinguido atuendo mosquetero de negro color, con el que Lezama se equipaba en sus ausencias prolongadas de a bordo.

Al entrar su lugarteniente, anudábase al cinto, bajo el jubón, dos largas y repletas bolsas conteniendo oro.

Volvió a ajustarse el jubón, rectificando la posición del coleto de encajes, única nota blanca en su atuendo, y abrochóse el cierre del cintotahali del cual pendía la larga tizona.

A la izquierda del cinto envainaba una daga cincelada de rica guarda engarzada de esmeraldas.

—Bien, guapetón. No quiero presumir de inteligente, pero adivino que te pereces por hablar. Hazlo, ¿o acaso tienes la pretensión de que me complacería hincar el diente en tu carne correosa de bribón? No te morderé; habla.

«Cien Chirlos» iba a estallar, exponiendo sin ambages sus temores, pero prefirió dar un rodeo para conseguir lo que se proponía.

—Piernas Largas es un gran marino, señor. Con él, tu «Aquilón» estará muy seguro.

—No lo dudo. ¿Qué más?

—Por lo tanto... el andaluz bastaría, señor. Yo ¡quiero ser tu escudero! ¡Ir contigo a Londres!

—Si tú eres Sancho aunque mucha panza no tengas, yo no soy el Caballero de la Mancha. No necesito escudero.

—Mucho tiempo hace que contigo no me llevaste, señor. La última vez que a tierra fuiste, fué el andaluz quien te acompañó.

—Dentro de un mes, si en la costa normanda no asomo, quiero que el «Aquilón» tenga a su frente tu brutalidad astuta, y la vivaz listeza del andaluz.

«Cien Chirlos» hizo acopio de todas sus energías, pero fué con voz pausada y fruncido el entrecejo que recitó:

—Mándame azotar, señor, por si lo que digo te suena a indisciplina. Pero, juro que si al mes no vuelves, el «Aquilón» quedará bajo el mando del andaluz... porque yo, yo... ¡me daré un testarazo contra el mástil! ¡Y testarazos me daré hasta que me tiren al agua sin vida!

Agachada la cabeza, aguardó el lugarteniente los efectos de su «rebeldía».

—¿Y a mí qué, so bruto? —replicó Lezama volviéndole la espalda.— Si derribas el mástil o te quiebras la cabeza, eso es asunto que no me incumbe. Vete a dar la orden para que arríen lancha con dos remeros. Vuelve.

Mientras duró la ausencia de su lugarteniente favorito, estuvo Lezama examinando los tabiques de la sala capitana, entre cuyas cuatro maderas tantos sucesos habían ocurrido.

Al regresar cabizbajo «Cien Chirlos» a comunicar que estaba transmitida la orden, siguió en pos del Pirata Negro que bajó a la cala.

Atado al pie de un arco de cuaderna, dormitaba un individuo de largos cabellos rubios, alto y corpulento, vestido sobriamente y con cierta elegancia.

Calzaba guantes rojos de seda, y en su rostro destacábase la particularidad de su párpado izquierdo surcado por una cierta cicatriz, que le entrecerraba el ojo en perenne guiño.

El Pirata Negro se detuvo delante de él, despertándole con un leve puntapié. Habló en inglés al que le miraba interrogante:

—Ya me diste cuanto servicio podías darme, Hart Mulliner. Tu jefe, el corsario Hugh Foster, te eligió porque eras su reproducción

física. Sin tú saberlo, gracias a tí logré lo que me proponía. Terminar con Hugh Foster. En circunstancias ordinarias, te haría colgar de mi mástil porque eres un corsario que navegaba en barco que muchas tropelías cometió. Pero tienes una cualidad: no te acobardaste, y fuiste fiel al canalla de tu jefe. Por eso te perdono tu mísera vida. Cuando mi barco se aleje de nuevo de estas costas, tienen orden de desatarte y acompañarte hasta la borda. Allí te dejarán hacer acopio de fuerzas unos instantes. Después, arrójate al agua y nada porque de lo contrario tu cuerpo servirá de vaina a muchos cuchillos.

Mientras subía la escalera hacia cubierta, el Pirata Negro, sin volverse, habló con deje burlón:

—La pierna desnuda, la calza azul y esta camisa remendada y sucia, es ropa que no te cuadra, guapetón.

El aludido miróse extrañado.

—Es la ropa que nos ordenaste vestir a todos, señor.

—Tardaremos apenas minutos para arrimarnos a tierra, Cien Chirlos. En la lancha que arríen no te admitiré vestido así. ¿No querías ser escudero? Podrías serlo, si vistieras mejor... Múdate lo más deprisa que sepas, y saca tus mejores trapos del cofre. Ahueca, que no te aguardará la lancha.

Al iniciar su carrera, «Cien Chirlos» emitió un ronco rugido que era todo un compendio de elocuencia.

El Pirata Negro acercóse al timón, junto al que hallábase su segundo lugarteniente, el andaluz de largas piernas, y fué dictándole sus instrucciones.

Cuando arriaban la lancha, entre la niebla, un sujeto corpulento y macizo, en pie en ella, luchaba contra los rebeldes faldones de su camisa que pugnaba por introducir dentro de sus calzas de recia tela.

Notábase que se había vestido apresuradamente, y aunque en voz baja maldecía contra su camisa y el cinto que le colgaba, y el chambergo que quería escapársele de la cabeza, el rostro de horrenda fealdad, surcado de cicatrices, resplandecía en ancha sonrisa de gozo inefable.

Y aquella infantil alegría en el hombre que siempre era un hosco bruto luchador, de implacable ferocidad netamente instintiva, hizo que por vez primera, el sombrío semblante del Pirata Negro se

distendiera en un esbozo de sonrisa.

# CAPITULO II

**Dos forasteros en Londres**

A la caída de una fresca tarde del mes de septiembre del año 1710, una carroza escoltada por cuatro jinetes se detuvo ante un gran edificio situado a las márgenes del Támesis entre los puentes de Westminster y Lambeth.

De su interior descendió un caballero de arrogante porte y entrado en años: era lord Bolingbrooke, primer jefe del gobierno, que se dirigía a una sesión extraordinaria del Parlamento inglés.

Los cuatro jinetes desmontaron y entregando las bridas a los palafreneros, siguieron a una respetuosa distancia al personaje, ya que tenían por misión asalariada el vigilarle constantemente.

Lord Bolingbrooke, cuando ya se halló en la antesala que conducía al vasto hemiciclo en que se reunían la Alta y Baja Cámara, hizo un ademán perentorio.

—Pueden retirarse, señores. Tardaré cuando menos una hora, porque esta sesión ha de deliberar sobre varios temas.

Los cuatro espadachines saludaron ceremoniosamente, mientras lord Bolingbrooke penetraba en la sala donde diariamente se discutían las leyes y reformas que regían los destinos de Inglaterra.

Algernon Freemont, el esbirro reconocido tácitamente por los otros tres como jefe de ellos, tomó la palabra:

—Tenemos una hora, señores. Propongo que nos distraigamos descansando en la hospedería de Lambeth. Reúne varias ventajas; está cerca y somos acogidos con todo género de atenciones.

Los cuatro sigisbeos vestían abigarradas y chillonas vestiduras, características de su profesión. Abundaban en el Londres de aquel entonces, los que como ellos, ponían sus espadas al servicio de los nobles.

Ostentaban como peculiaridad de su oficio, una corta peluca

rematada en trenza alrededor de la que se anudaba un lazo azul.

Sus modales afectados y los andares saltarines con los que pretendía imitar a los pisaverdes elegantes, no engañaban a nadie. Era un hecho de todos sabido, que si los sigisbeos eran siempre elegidos entre los que se habían destacado por su maestría en las armas, los cuatro seleccionados para salvaguardar la vida del jefe del gobierno, en aquellos azarosos tiempos de continuas conspiraciones, eran los más temibles e implacables esbirros que deambulaban por Londres.

Enlazados por el brazo de dos en dos, atravesaron la antesala.

Dos jinetes que habían seguido a distancia la carroza de lord Bolingbrooke, desde que ésta salió de su domicilio de Battersset Park, desmontaron, manteniendo por las bridas a sus respectivos caballos.

—Esos son los que te dije que aqui llaman sigisbeos —explicó el Pirata Negro en voz baja—. Llevan en la nuca mariposas azules, y revolotean como tales.

«Cien Chirlos» miró despreciativo a los cuatro ingleses, que empezaban a descender la amplia escalinata.

Desde que habían desembarcado todo se le antojaba agradable, porque acompañaba a su ídolo. Había presenciado sin entender ni una palabra, la entrevista entre Lezama y el propietario de unas caballeriza, sitas en la desembocadura del Támesis; de resultas de ella, unas monedas de oro habían.salido de la bolsa de su jefe, para poco después hallarse montando en sendos caballos de buena traza y finos remos resistentes.

Después habían galopado por innumerables callejas, puentes y avenidas, cruzando parques verdeantes y rozando fachadas de vetustos edificios.

Como escudero cumplidor que se proponía ser, «Cien Chirlos» mantenía su caballo a tres largos detrás del montado por el Pirata Negro. Y cuando vió que su jefe daba media vuelta y deshacía gran trecho de lo andado para seguir a lo lejos una carroza escoltada por cuatro jinetes, adivinó que se aproximaba el momento en que «las citas iban a empezar».

—Como perros guardianes que son de lord Bolingbrooke, fácil era suponer que me los hallaría en la mansión del citado lord-seguía diciendo el Pirata Negro —. Pero prefiero que mi conversación con

ellos, tenga lugar sin la presencia del hombre de Estado, ya que con él nada tengo que ver.

Los cuatro esbirros alejáronse hacia el próximo puente. Entraron en un edificio ante cuya puerta una pancarta de hierro exhibía un grueso y panzudo bebedor alzando sonriente un gran jarro...

El Pirata Negro ató las riendas de su caballo a la barra del abrevadero situado junto a 1a entrada y «Cien Chirlos» le imitó.

Era aún temprano y el interior del «Joyful Drinker» tenía escasa concurrencia. Algernon Freemont y sus tres compañeros tomaron aliento y a grito destemplado e imperativo pidieron sendas bebidas, que les fueron servidas apresuradamente por una asustada sirviente.

Iba Algernon Freemont a beber el primer sorbo, cuando depositó de nuevo el jarro mirando hacia la puerta, con expresión de máximo asombro.

Sus tres compañeros siguieron la dirección de su mirada.

—¡«By Jove»! —exclamó uno de ellos—. ¡Condenado me vea si aquel sombrío personaje no es el gallo irlandés!

Algernon Freemont cogió de nuevo su jarro y bebió para reponerse del asombro que había manifestado y que juzgaba íntimamente un sentimiento plebeyo impropio de quien deseaba ser espejo de distinciones.

El Pirata Negro avanzó seguido a tres pasos de distancia por «Cien Chirlos».

—Buenas tardes, señores —saludó el Pirata Negro sin destocarse y cruzándose de brazos ante los cuatro hombres que continuaban sentados—. Algo tarde he acudido, pero circunstancias ajenas a mi voluntad me impidieron llegar antes.

Algernon Freemont acariciose unos instantes la perilla brillante de pomada.

—Lo veo y no lo creó —dijo con sarcasmo—. Pellizcadme, señores, para que comprenda que estoy en lo cierto y no es sueño la visión de sir Charles Lazyman.

—Cierto que es el irlandés, Freemont —aseguró uno de sus compañeros.

—¿Por qué os causo tanta extrañeza, señores esbirros? —inquirió el Pirata Negro mirando alternativamente a los cuatro—. En los jardines del domicilio de lord Bolingbrooke os aseguré que nos volveríamos a ver y aquí estoy. Creo que os, llamé imbéciles,

porque vuestra risita era un prodigio de estupidez tolerable en seres normales, pero irritante en muñecos asesinos como vuestras señorías.

Uno de los cuatro iba a levantarse, pero Algernon Freemont abatió bruscamente so mano izquierda, deteniéndole por el brazo.

—Yo soy quien he de dar respuesta adecuada a este gallo irlandés, Peckham.

Se levantó y aproximándose fué a detenerse un paso frente al recién llegada. Lo examinó con impertinencia exagerada.

—No, no me engaño. Es sir Charles Lazyman. Sois un imprudente, señor. Más diré: sois el último de los que en Londres pensaba encontrarme. Os hacia lejos, muy lejos, huyendo a toda prisa.

—¿De vos y vuestros tres semejantes? Incomoda a mi olfato el exceso de perfume con que encubrís la suciedad de vuestros pellejos, pero yo soporto lo suficiente y puedo reprimir mis náuseas. Si me marché fué porque algo mucho más importante que vuestras vidas me obligó a ello.

Algernon Freemont volvió a acariciarse su perilla.

—Como forastero que sois, sin duda no habéis oido hablar de mí. Quizá si supierais quien soy, tendríais menos ínfulas. Pero no es el hecho de veros aquí, de donde sólo saldréis cadáver, lo que me asombró. Creo que antes me llamasteis muñeco asesino. Os demostraré que nada tengo de muñeco, y por el instante, os puedo afirmar que si fuese tal, colegas somos.

—El inglés londinense tiene giros que para mi oído no son muy explícitos, señor. ¿Queráis aclararme vuestra última frase? Creo que os hacéis el honor de permitiros compararos conmigo, aunque sólo sea como asesino.

—Reconozco que elegisteis victima encumbrada. Matar a lady Hermione Denver es...

Saltó hacia atrás Algernon Freemont para evitar que la diestra del Pirata Negro le asiera por el coleto. Desenvainó manteniendo en alto el acero, y con la zurda, hizo un ademán de apaciguamiento hacia los tres que se disponían a levantarse.

—Me pertenece —dijo con arrogancia—. Este gallo irlandés y asesino cesará de importunar dentro de unos instantes, y algo tardíamente sabrá que la peor de las imprudencias ha sido osar

enfrentarse conmigo. Más os hubiera valido, sir Lazyman, entregaros a la justicia que os busca por el rapto y asesinato de lady Hermione Denver, la hermana del que abofeteasteis en los jardines del lord Bolingbrooke.

El Pirata Negro espada en mano, se mantuvo también en el primer tiempo de guardia. Los escasos concurrentes al «Joyful Drinker» se alejaron prudentemente, aunque sin demostrar una excesiva alarma.

Era más que corriente el hecho de que los sigisbeos de Londres hallaran de vez en cuando alguien que viniera a pedirles cuentas. Y lo único que lamentaban era que, salvo rarísimas ocasiones, siempre perdiera el que tenía razón.



*—Me pertenece—dijo con arrogancia.*

—Si vos y vuestros semejantes sois los que me acusáis del asesinato de lady Denver, ningún juez querrá tan siquiera...

—El que os acusa es el propio hermano de la víctima. Y lord Barton Denver, al igual que no os perdona los dos dientes que vos le

arrebatasteis, presentó una denuncia en toda regla. Y es personaje de alcurnia a cuyas palabras los magistrados de Londres prestan gran crédito. Y ya os dije que más valdría que hubieseis comparecido ante el tribunal. A veces los arrebatos pasionales de un carácter impetuoso tienen atenuantes. En cambio, ésta —agitó Freemont su espada— nunca perdona. Poneos en guardia, señor. Tendré una gran satisfacción en daros vuestra última lección de esgrima.

Con ademanes preciosistas, Algernon Freemont dobló la rodilla, extendió hacia atrás el brazo izquierdo, y sacudió la trenza, irguiendo la cabeza.

Uno de los tres compañeros suyos, el llamado Peckham, se levantó.

—¡Alto, señores! Este duelo es anormal y no se realizará quebrantando las reglas estipuladas.

Algernon Freemont continuó en la misma posición, pero su espada que iba ya a trabar contacto con la del Pirata Negro se enderezó, en movimiento expectante.

Siguió la dirección de la mirada de Peckham y contempló a «Cien Chirlos» que les lanzó una ojeada poco amena.

—¿Este caballero es vuestro testigo, sir Lazyman? —inquirió Freemont.

—No. Es mi escudero. Mudo por añadidura.

Peckham hizo un mohín desdeñoso, y apartó la diestra de su empuñadura.

—Entonces, no es digno de medir su espada con la mía —comentó—. En el caso improbable que Freemont no os perforase, sir Lazyman, yo le sustituiré.

Algernon Freemont efectuó la maniobra del «cintarazo». Su espada, en latigueo lateral, pretendió descomponer la guardia de su contrincante. Era siempre un motivo de regocijo para sus compañeros.

Pero ahora no rieron, porque la espada chocó sonoramente contra la tizona, y en contraparada fué Algernon Freemont el que se vió cercano a perder el equilibrio.

Enrojeció el sigisbeo y contraatacó vigorosamente, aunque con afectada indolencia. Fué palideciendo a medida que iba retrocediendo, ante el frío y pertinaz asedio de la tizona que no sólo

paraba sus estocadas más científicas, sino que le obligaba a romper hacia atrás, para evitar el ser tocado.

Por vez primera en combate individual, Algernon Freemont cedía terreno, y de pronto chilló lastimeramente dejando caer su espada.

Los tres otros levantáronse en el colmo del estupor ante la prodigiosa estocada doble con la que el que creían un fanfarrón irlandés, acababa de atravesar la muñeca diestra del espadachín y en rápido culebreo había abierto hondo surco sangriento desde la oreja izquierda hasta los labios del hermoso sigisbeo.

El agudo dolor hizo caer de rodillas a Algernon Freemont...

—Esta marca os quitará presunciones —dijo el Pirata Negro—. Quizás ahora ya no os emplearán para matar a galanes poco duchos en el arte de esgrimir. A vos os toca, señor Peckham.

Peckham avanzó, manoseando nerviosamente la guarda de su espada. Dirigió una rápida mirada de soslayo a sus dos compañeros, y el mudo mensaje fué interpretado adecuadamente.

Peckham intentaría maniobrar de forma que aquel espadachín consumado presentase las espaldas a los otros dos. Atacó ceñudamente, en silencio, y en raudos molinetes intentó efectuar su propósito...

Oyóse un taconazo, y un nuevo gemido se escapó de la garganta de Algernon Freemont que desde el suelo, había dirigido contra las piernas del Pirata Negro, la hoja de la daga que acababa de desenvainar con la izquierda.

«Cien Chirlos» mantenía aun su bota contra el pecho del que acababa de derribar contra el suelo. Pero su puntapié había sido excesivamente duro, y Algernon Freemont, privado de sentido, quedóse brazos en cruz, con la cara ensangrentada mirando sin ver hacia el techo del «Joyful Drinker».

Los dos testigos desenvainaron y uno de ellos pasó a reforzar a Peckham que acorralado se defendía con la desesperación del que está próximo a un fatal desenlace.

El otro, espada en alto, cargó sin avisar contra «Cien Chirlos», quien saltó de costado, y agachando la cabeza asestó un testarazo contra el bajo vientre de su atacante. Este a efectos del impacto soltó la espada, pero su izquierda armada con la daga abatióse para perforar la nuca del toro humano. Entonces «Cien Chirlos» asió la

muñeca armada, retorciendo con todas sus fuerzas, y la hoja de la daga se hincó en el pecho de su esgrimidor.

Empujó «Cien Chirlos» y cuando comprendió que aquel adversario ya no molestaría nunca más a nadie, lo soltó. El cadáver cayó junto al insensible Algernon Freemont.

«Cien Chirlos» miró hacia el sitio donde el Pirata Negro acababa de hacer saltar la espada de Peckham, mientras su daga detenía una estocada alevosa del otro contrincante.

El desarmado lanzóse con un grito de triunfo daga en alto hacia el Pirata Negro. Le detuvo un puntapié que Lezama le propinó en el muslo mientras con ágil escorzo, evitaba otra nueva estocada, y tendiéndose a fondo atravesaba la garganta del que había acudido a ayudar a Peckham.

Peckham, que había recogido ya su espada, fintó con ella, fingiendo querer trabar contacto con la tizona del Pirata Negro, pero su mano zurda lanzó fuertemente la daga, arrojándola contra el pecho de su adversario.

Creyó haber logrado su traidor propósito, al ver caer de rodillas al Pirata Negro... Pero la daga pasó silbando por encima del chambergo y fué a hincarse vibrando en la pared, y el propio impulso de su acción proyectó hacia delante al sigisbeo, quien exhaló un hondo estertor al atravesarse él mismo con la espada que rectamente le aguardaba...

Levantóse el Pirata Negro y pasó varias veces la hoja de la tizona por las abigarradas vestiduras del que acababa de caer. Envainó y entonces miró hacia donde le señalaba «Cien Chirlos».

El que había acudido en auxilio de Peckham, al caer atravesada su garganta por la estocada de Lezama, creía arañar con su daga el suelo, en rabioso y postrer reflejo.

Pero su daga habíase hincado en el vientre de Algernon Freemont, y quedaba hundida mortalmente.

—Sabían pelear, ¿verdad, guapetón —comentó el Pirata Negro —. Eran un peligro para los pacíficos ciudadanos londinenses... Y sin embargo, me temo que no nos los sabrán agradecer.

Miró a su alrededor, pero nadie manifestó la menor señal de dirigirle la palabra. Y al dirigirse hacia la puerta, los que allí se habían aglomerado para presenciar desde la calle la rápida y. sangrienta lucha, se apartaron a toda prisa, para ocultarse en las

sombras.

Era ya de noche, y una leve niebla circundaba con halos rojizos los escasos faroles que iluminaban tenuemente la calle y la entrada al puente de Lambeth.

Echó a andar el Pirata Negro, primero con precaución atisbando a sus costados. Tras él, «Cien Chirlos» dirigía feroces miradas a su alrededor.

Montaron en sus respectivos caballos y al trote llegaron hasta el lugar donde aguardaba la carroza de lord Bolingbrooke.

Descabalgó y poniendo, pie a tierra tendió las riendas a, «Cien Chirlos».

—Aguarda aquí, guapetón. Y recuerda que a tu sordera forzosa, unes la mudez más absoluta.

«Cien Chirlos» cabeceó afirmativamente, y desde la silla de montar, maldijo mentalmente la niebla, que le impedía ver las escalinatas por las que acababa de desaparecer el Pirata Negro.



Lord Bolingbrooke compartía con Harley-Oxford la jefatura del partido que estaba en el poder. Ambos prohombres políticos se odiaban cordialmente, por cuestiones privadas, pero sacrificaban en interés público sus rencillas privadas.

Con mucha ceremonia se dirigían la palabra ante testigos, pero apenas se hubo acabado la sesión parlamentaria y el presidente hubo dado la señal de desalojar la sala, Harley-Oxford saludó secamente a su compañero de política, disponiéndose a marcharse.

—Os agradeceré tengáis a bien visitarme cuando podáis, señor-dijo Lord Bolingbrooke, con sequedad, —Desearía tratar privadamente con vos una cuestión importantísima.

—¿Podéis anticiparme algo sobre el tema?

—Angus Mac Dougherty-expuso lacónicamente lord Bolingbrooke.

—Voy a mudarme, milord, e inmediatamente estaré en vuestra casa.

Iba ya a abandonar su escaño, cuando se volvió.

—¿Os molestará que me haga acompañar por lord Denver? Desea presentaros una queja por la desidia de la justicia en apresar a sir Charles Lazyman.

—Puede acompañaros, señor. Os aguardaré. Supongo me haréis

el honor de cenar conmigo.

—Yendo acompañado no tengo el menor inconveniente en compartir vuestra mesa, milord.

Saludáronse ambos con tiesura, y poco después lord Bolingbrooke abandonaba el edificio del Parlamento. Estaba ya descendiendo las amplias escaleras, cuando una sombra surgió de la niebla, y fué a colocarse junto a él.

Creyó se trataba de Algernon Freemont, en cumplimiento de su obligación de darle escolta, pero la voz que le habló hizo que se sobresaltara.

—No temáis, milord. Si os impongo mi compañía es porque necesito aclarar algo muy importante.

—¡Lazyman! —murmuró el político, con cierto temor.—¿Dónde... dónde están unos señores que...? ¡Freemont! —llamó.

—No os desgañitéis, milord. El caballero Freemont no puede acudir a vuestra voz.

—¡Freemon! —repitió angustiado el político, descendiendo dos peldaños más.

Fué tan sólo la diestra del Pirata Negro la que se apoyó suavemente en su antebrazo, pero el aristócrata dió un respingo como si un hierro candente le hubiese mordido las carnes.

A pesar de la niebla se advertía la proximidad de la carroza.

—Permitid que os acompañe, milord. Os repito que nada tenéis que temer de mí. Vengo en solicitud de vuestro sabio consejo de hombre que oculta canas bajo la peluca y es un experto hombre de Estado. Hacedme el honor de permitirme que tome asiento en vuestra carroza.

—Fuisteis un día invitado a mi recepción y osasteis cometer dos desacatos al comportamiento correcto que es norma en quienes frecuentan mi domicilio. Retasteis a Hugh Foster y abofeteasteis a lord Denver.

—Pero al irme, por mi propia voluntad, comprendiendo que daba una nota discordante en vuestra, recepción, os saludé respetuosamente. Reitero mi saludo y os ruego entréis en vuestra carroza. No debéis temer nada de quien solicita el honor de tener una audiencia privada en vuestro domicilio.

—¿Quien... quien es este jinete desconocido?

—Mi escudero. Sordo y mudo.

Lord Bolingbrooke dirigió a su alrededor una mirada ansiosa, intentando vanamente perforar la niebla.

Al sentir de nuevo en su antebrazo el contacto de la diestra del Pirata Negro subió a su carroza, y en el interior iluminado por una linterna, examinó con recelo el semblante del que acababa de tomar asiento junto a él.

—Cuando queráis, milord. Podéis ordenar a vuestro cochero que os conduzca a vuestro hogar.

Masculló el político la orden, y al ponerse en marcha la carroza, seguida por dos caballos, el que montaba «Cien Chirlos» y el que conducía a su lado éste, lord Bolingbrooke aclaróse la voz y preguntó:

—¿Por qué asegurasteis que Algernon Freemont no acudiría a mi llamada?

—Cuando acompañando a lady Denver… —y el Pirata Negro hizo una pausa para apreciar el brusco envaramiento de lord Bolingbrooke— … tuve el honor de visitar vuestros salones, el caballero espadachín Freemont me emplazó a duelo. No os reprocho el que os hagáis guardar por seres de su calaña, ya que es costumbre usual, y nada implica contra la honorabilidad de los custodiados. Es lógico que para evitar el ser asesinado por los abundosos conspiradores, os hagáis guardar por asesinos.

—¿Dónde está Freemont?

—Rendirá cuentas de sus acciones a la Justicia del Más Allá.

—¿Lo matasteis? —preguntó lord Bolingbrooke, retrepándose en la esquina de la confortable carroza.

—Nos batimos en duelo, y le inutilicé la muñeca que era su ganapán, y le marqué en el rostro. Pero uno de los otros, le hundió su daga en el vientre, matándolo.

—Es imposible… Los cuatro son amigos y…

—Fué involuntariamente. Yo maté al que al caer dió muerte a Freemont.

—El señor Peckham me dará testimonio de lo sucedido.

—Tendréis que contentaros por el instante con el mío, porque el caballero Peckham acompañó en su viaje eterno a Freemont. Y los otros dos, cuyos nombres ignoro y no me importan, tuvieron también la desgracia de morir al pretender matarme.

Lord Bolingbrooke dominó sus instintos particulares, para hablar

como hombre público.

—Daréis razón de vuestro crimen ante el tribunal que os juzgará, sir Charles Lazyman. La ley es severa, y vos, aunque irlandés, no podéis desfogar vuestros ímpetus impunemente.

—Todos los testigos que se hallaban en el «Joyful Drinker» darán razón de que yo me batí lealmente en duelo con Algernon. Y que lo sucedido posteriormente sólo debe achacarse a los otros tres caballeros, que alevosamente cargaron dos contra uno, y el otro pretendió sorprender a mi escudero, hombre inofensivo por demás, si no le atacan.

—No os negaré que me infundís cierto temor, sir Lazyman. No congenio con los temperamentos como el vuestro, que prefieren resolver por la fuerza cuestiones que muchas veces ellos mismos provocan.

—Aplaudo vuestra actitud, milord. Es la apropiada en quien como vos representa la máxima judicatura en Londres. Creo que hemos llegado.

Lord Bolingbrooke había estado pensando mientras hablaba que pos una vez, consideraría oportunísima y reconfortadora la llegada de Harley-Oxford, buena espada y hombre joven y fuerte, al que acompañaría el temible espadachín Barton Denver.

Descendió de la carroza, y se dignó aceptar el antebrazo que su forzoso invitado le ofrecía.

Pensó fugazmente en llamar con gritos de alarma a sus lacayos, pero desistió porque la inmediata cercanía del irlandés, se le antojaba sumamente enojosa…

«Cien Chirlos» ató los dos caballos y se dispuso a seguir a los que entraban en el vestíbulo profusamente iluminado por candelabros.

Lord Bolingbrooke miró hacia el escudero. Parpadeó horrorizado, ante la visión del rostro lleno de cicatrices…

—No temáis, milord. Es sordo y mudo, e inofensivo, mientras no me vea en peligro —y a la vez que hablaba, Lezama señaló a su lugarteniente el quicio de la puerta del vecino salón.

«Cien Chirlos» inmovilizóse en el umbral, mientras lord Bolingbrooke más que sentarse, dejábase caer en un vasto sillón.

—Vuestra actitud, sir Lazyman, necesita y requiere una pronta explicación. ¿Por qué me habéis forzado a soportar vuestra presencia tras dar muerte a mi escolta?

—Tengo entendido que se me acusa de un crimen que no cometí. Estimo pues que de vuestros labios oiré los alegatos fundamentados en que os basáis para declarar legalmente que yo maté a lady Hermione Denver.

Lord Bolingbrooke estipuló mentalmente la peligrosa situación en que se hallaba. Si hablaba como hombre público, el hombre común que era, debería enfrentarse con el impetuoso carácter del que no había vacilado en retar al famoso Hugh Foster, el corsario que nunca perdonaba la menor ofensa.

Y aquel hombre que ante sí tenía en pie, en correcta postura, era el que no sólo seguía vivo, incomprensiblemente, tras ofender a Hugh Foster, sino que era el mismo que habíale anunciado la muerte de cuatro espadachines seleccionados entre los mejores…

Prefirió dar un rodeo, para dar también tiempo a que acudiesen Harley-Oxford y lord Denver, el que había lanzado la acusación de asesinato contra sir Charles Lazyman.

Miró de soslayo hacia la figura maciza del poseedor de aquel rostro tan horrendamente bestial, y habló con calma para ir acumulando minutos:

—Lord Barton Denver es quien os acusó a raíz de vuestra desaparición que coincidió con la de lady Hermione Denver. Aporta pruebas concluyentes, sir Lazyman. Podéis, si lo queréis, alegar un extravío pasional y dada la característica racial de un temple impetuoso, se os estimarían ciertas atenuantes…

—Decid mejor que estoy por completo exento de toda participación en la desaparición de lady Denver.

—Lord Denver aportó el testimonio del posadero del lugar donde os alojábais. Declaró que vos recibisteis la visita de lady Denver a hora temprana, y desde entonces sólo se ha visto de dicha dama, un rastro sangriento. Jirones de su corpiño y un pañuelo, manchados en sangre. Cerca del prado de Westminster Abbey, donde os encaminasteis para acudir al reto de Hugh Foster.

Desarrugóse el ceño del aristócrata, quien se puso en pie, con expresión aliviada.

—¡Ahí tenéis a vuestro acusador!

Por el umbral penetraban dos caballeros. Uno de ellos, al sonreír con mueca zorruna, exhibió entre sus dientes blancos una reciente mella denotando la carencia de dos de sus dientes…

—Bienvenidos, lord Denver y estimado compañero —saludó lord Bolingbrooke.— Sir Charles Lazyman desea le demos explicaciones.

El Pirata Negro inclinóse para corresponder al saludo de Harley-Oxford, y los cuatro quedaron en pie, tensos los músculos, aunque exteriormente parecieran cuatro caballeros en amable tertulia…

# CAPITULO III

### Un pacto político

Lord Barton Denver vestía como siempre con un atildamiento rebuscado y su monumental peluca era un prodigio de equilibrio. De los tres ingleses, él era el único en saber cuál era la verdadera personalidad del supuesto irlandés.

Pero no le había convenido revelar que por particulares ambiciones[1] él mismo había sido el primero en dar por legítima la personalidad de sir Charles Lazyman.

También el Pirata Negro sabía que bajo su apariencia indolente, Barton Denver poseía músculos de acero y una valentía flemática.

Harley-Oxford, hombre de rostro abierto y simpático, aún joven, apoyóse en el respaldo de un sillón, denotando a las claras que no se disponía a intervenir mientras no fuera requerido.

El Pirata Negro examinó la prudente retirada de lord Bolingbrooke que pasó a parapetarse tras otro sillón cercano al de Harley-Oxford.

—Grandes deseos tenía de veros, señor —dijo el Pirata Negro posando la mirada en Denver que avanzó un paso, jugueteando con el mango de nácar de su impertinente.

—No mejores eran los míos, señor. Me temía que ya nunca más os había de ver.

—¿Por qué?

—En primer lugar porque fuisteis a cierto prado, retado en duelo por Hugh Foster. En segundo lugar, porque ya os advertí que el clima inglés no era el adecuado para vuestro temperamento.

Y el aristócrata asestó una ojeada admirativa a través de su impertinente al que siendo pirata español, si bien le había librado del estorbo que para él suponía su hermana, en el aspecto herencia, era también el que le había desfigurado privándole de dos dientes...

—Formalmente hice ya una acusación ante la ley —siguió diciendo el atildado cínico—. Ahora y ante dos testigos honorabilísimos os acuso de la muerte de Hermione Denver, mi hermana.

—No quiero oír vuestros alegatos, porque sois parte interesada. Prefiero que sean oídas mis razones. Serán muy convincentes, os lo juro, señores. Pero estáis en vuestra casa, milord —añadió mirando a Bolingbrooke.— Tomad asiento. Estaréis más cómodo para oírme. ¿No queréis? Os lo aconsejaba para evitaros que pudierais tomar por asiento el suelo si algo de lo que digo os extraña demasiado.

—Este hombre que guarda la puerta, señor —intervino de pronto Harley-Oxford, amablemente— ¿en calidad de qué asiste a esta entrevista?

—Suponed que es una estatua más. Es mi escudero y lugarteniente. Sordo porque no entiende una sola palabra de inglés, y mudo porque así me conviene. Tal declaración no la hubiera hecho en circunstancias habituales, pero ha llegado el momento de hablar claramente. ¿No os parece, lord Denver?

—Eso deseamos.

—Vos habéis cometido una felonía al acusarme de un crimen que bien sabéis no puedo haber cometido, porque a las mujeres les rindo siempre pleitesía, y si deseos a veces me cogen de matar alguna, me domino y huyo. Es mi única huida, porque por lo que a citas masculinas se refiere, he atendido la vuestra. Tenemos pendiente una querella, ¿no es así, lord Denver? Os daré satisfacción cumplida, aunque lamento que os veáis privado de sonreír abiertamente por coquetería.

Barton Denver señaló hacia el jardín que se divisaba a través de los ventanales del fondo.

—Allí me agredisteis y espero que lord Bolingbrooke no tenga inconveniente en servirme de testigo.

—Ninguno, ninguno —se apresuró en afirmar el interpelado.

Lord Barton Denver quitóse la peluca, que cuidadosamente depositó sobre una mesita. Sus cabellos naturales cortos y rizosos, cambiaron de repente su rostro fatuo en otro más decidido, dotado de energía...

—Tiempo tendremos, señor —dijo el Pirata Negro, alzando una mano.— Antes quiero aclarar ciertos puntos. ¿Por qué me acusasteis

de un crimen falsamente? No sois de mi agrado, pero os suponía más viril, pese a vuestros perfumes, lazos y sedas.

Lord Barton Denver no sonrió. Habló con dureza:

—Juro por lo más sagrado, y empeño mi palabra de honor, que os creo el autor de la muerte de mi hermana. Y reforzando mi aseveración, no he de ocultar que esta muerte, al dejarme como único heredero sin trabas, ha sido para mí beneficiosa. No os reto a duelo por la muerte de Hermione, sino por haberme ofendido imperdonablemente.

El Pirata Negro obtuvo la psicológica certidumbre de que Barton Denver no mentía.

—Soporto toda clase de acusaciones con real indiferencia. La opinión ajena siempre me tuvo sin cuidado. Pero no admito el ser acusado de la muerte de una mujer que no murió, y que ningún daño sufrió a mis manos. Os recomiendo que os sentéis, milord, porque para explicar verazmente los puntos en que baso mi defensa, tendré que poner de relieve determinados extremos que os asombrarán.

—Hablad. Nada de cuanto podáis decir puede asombrarme, sir Lazyman —replicó dignamente el político.

—Bien. Empezaré por poneros en antecedentes del por qué vine a Londres acompañando a lady Denver. Buscaba a Hugh Foster, por asuntos particulares.

—¿De qué índole? —inquirió Harley-Oxford.

—Muy privados, señor. Asuntos que en nada atañen a lo que ahora estamos tratando. He vuelto ahora a Londres por varias razones. Pero ignoraba que se me había acusado de una muerte que no ha tenido lugar. Los hechos sucedieron así: vos, milord, fuisteis testigo de que cuando logré mi propósito de provocar a Hugh Foster, quedé emplazado para las siete de la mañana siguiente en el prado de Westminster Abbey. No desmiento la declaración del posadero que afirma que lady Denver vino a visitarme a las seis y media. Quería disuadirme de acudir al duelo. Ha sido la última vez que la vi.

—El posadero afirmó que ella salió en pos de vuestros pasos, y en el bosque de Westminster se hallaron ropajes ensangrentados pertenecientes a dicha dama —dijo pomposamente lord Bolingbrooke.

—Dejadme que os explique lo que a continuación siguió. Cuando llegué al prado había allí muchos corsarios. Hugh Foster se negó a batirse. Fingió querer hacerlo a bordo de su nave, y yo fingí aceptar cándidamente su oferta. Una vez a bordo, fui llevado a la «sala de huéspedes distinguidos». La sala especial cuyo suelo cede bajo los pies incautos, arrojando al visitante al interior de una mazmorra. Fui atado en la cala del «Flying Heart» rebosante de esclavos negros.

—Hermosa historia —dijo Barton Denver, burlonamente.

—Más os agradará lo que sigue. Había tomado mis precauciones, y a bordo, dos de mis hombres, habían mezclado un narcótico en la comida que la tripulación había de ingerir. Hugh Foster, ignorante de ello, se refociló creyéndome en su poder, y tuvo a bien informarme de que lady Hermione Denver había sido raptada en el bosque de Westminster por sus propios corsarios, quienes la habían entregado como obsequio particularísimo a hombres del clan de Angus Mac Dougherty.

La mención del apellido escocés, sobresaltó a lord Bolingbrooke. Angus Mac Dougherty constituía la pesadilla del actual gobierno...

Barton Denver avanzó un paso más.

—¿Creéis que Hugh Foster ratificará lo que decís?

—Entre las muchas cosas que fingís ser sin serlo, está el adoptar un aire de imbécil, lord Denver. Si yo os estoy hablando, si yo he vuelto a Londres, bien sabéis que es porque Hugh Foster cesó de existir.

—¿Lo matasteis? —inquirió Bolingbrooke en el colmo del estupor.

—No quise mancharme con sus despojos. Preferí entregar a él y su barco a los dos centenares de negros. Era una justa compensación.

Lord Bolingbrooke, sosteniéndose en el sillón, dejóse caer desplomado sobre el mullido asiento.

—Pero... ¿Sabéis lo que acabáis de decir?

—Generalmente sólo hablo lo preciso. Pero para defenderme de una muerte que no causé, justo es que expusiera mis puntos de defensa.

—¡Un barco inglés! —> estalló Bolingbrooke, apoplético.— Iréis a la horca, sir Charles. Llamaré a mis lacayos, y...

—Un momento —intervino Harley-Oxford.— Habéis citado a Angus Mac Dougherty. ¿Le conocéis?

—No. Ardo en deseos de hacerlo.

—¿Con que finalidad?

—Con la de matarlo. Os lo confieso sinceramente.

Harley-Oxford no demostró el menor asombro.

—Muchos lo han intentado, señor. Ninguno lo consiguió. Angus Mac Dougherty es el señor feudal de Glenmore y jefe de un clan guerrero indomable, que es motivo de serias preocupaciones. Muchos han intentado hacerle entrar en razón-dijo diplomáticamente. —Ninguno volvió.

—Hugh Foster vivía... hasta que yo le visité.

—Pero, ¡cesen los absurdos! —gritó Bolingbrooke.— Este hombre se ha reconocido autor de la captura de un barco inglés...

—Fueron los negros —atajó el Pirata Negro.— De vez en cuando es conveniente que las liebres se apoderen del cazador.

—¡Vos sois el que ahora está cazado, señor! —exclamó Bolingbrooke.

—Si alarmáis a vuestros lacayos, sentiré tener que abandonar esta casa causando primero ciertos destrozos involuntarios, puramente defensivos. ¡Atento, «Cien Chirlos»!

El lugarteniente abandone su postura estática, y colocóse de lado, en posición que le permitía ver el interior del salón y el vestíbulo a la vez.

—¿En qué lengua hablasteis ahora, señor? —preguntó Harley-Oxford, serenamente.

—En español. Mi escudero es sordo al inglés, pero entiende perfectamente el español.

—¡Daos preso, sir Lazyman! —exclamó Bolingbrooke desde su sillón.— ¡A las armas, Harley-Oxford! ¡Y vos, lord Denver, vengad a vuestra hermana!...

Desenvainó el Pirata Negro, imitado por «Cien Chirlos» en la puerta.

Harley-Oxford abandonó su lugar, y fué a apoyarse en el hombro de Barton Denver, que también había desenvainado.

—Sugiero que para continuar esta conversación, sean envainados los aceros. Somos hombres de política y no de acción. Tengo la certidumbre de que cuando este caballero —y designó al

Pirata Negro con un ademán— quiera acompañarme en el terreno de la sinceridad, él mismo romperá su acero antes que llevar a cabo aquí ninguna acción violenta.

—Aparte de mi asunto pendiente con Denver, nada tengo en contra de vuesas mercedes. Los políticos siempre han sido para mí respetables, si sabían ser decentemente ladrones. Y creo que vos, porque ya sois rico, milord, y vos porque sois honrado, Harley-Oxford, disfrutáis de una buena opinión entre el pueblo londinense. ¿Qué sinceridad deseáis mostrarme?

—Paralela a la vuestra, señor. ¿En qué condado de Irlanda nacisteis?

—Nunca he visitado Irlanda. Nací en Panamá, tierra española de las Antillas.

—¡Dejadme, señor! —gritó Denver, disponiéndose a atacar al que iba a revelar su personalidad, poniéndole quizá en evidencia de haber ocultado que sabía quién era realmente.

Pero Harley-Oxford demostró que si aparentemente se inclinaba en contra de la acción violenta, poseía buenos músculos y sabía usarlos si convenía. Apartó al robusto aristócrata, y forzando su brazo le obligó a envainar.

—Tengo que hablar yo con el caballero —dijo y suavizó su reciente rudeza, añadiendo:— Con vuestra venia, milords. ¿Los asuntos que particularmente teníais con Hugh Foster estaban relacionados con vuestro nacimiento en las Antillas?

—Indirectamente, sí. Dicho corsario se jactó, en lista que tenía claveteada en su mástil, de que yo le había huido, siendo falso. Le obligué a tragarse la lista encabezada por mi nombre y apodo. Hablo con esta claridad, porque sólo permaneceré en Londres el tiempo de ajustar cuentas con vos, Barton Denver. Después pienso viajar hacia Escocia. El mar resulta más embriagador cuando se ha permanecido algún tiempo en tierra.

—¿Puedo saber qué nombre era el que encabezaba la lista del corsario Foster? —inquirió suavemente Harley-Oxford.

—Carlos Lezama, el Pirata Negro —declinó Lezama secamente.

Lord Bolingbrooke quiso hablar, pero por vez primera en su historia de orador, no encontró las palabras adecuadas.

—Gracias —Dijo incongruentemente Harley-Oxford.— Un hombre como vos, que vence a un corsario de la categoría de Hugh

Foster, y en su propio barco; un hombre como vos, que viene a Londres y se jacta de su personalidad; éste... es el hombre que yo necesitaba.

—¡Estáis loco, Harley! —gritó Bolingbrooke.— Desenvainad y cumplid con vuestro deber de apresar a este pirata.

—Tengo otro deber mucho más apremiante. Estimo, milord, que este caballero es el más apropiado para realizar lo que vos y yo, con todas nuestras fuerzas secretas, no hemos podido lograr. ¿No me citasteis para discutir de nuevo los medios conducentes a eliminar el peligro que para Inglaterra supone el feudalismo improcedente de Angus Mac Dougherty? ¿No le tildasteis de pirata? ¿Quién, pues, más indicado para lograr lo que otros no consiguieron?

—Es absurdo... Absurdo e inmoral, Harley-Oxford. ¡Detened a este pirata!

—Virtualmente puede considerarse preso —dijo Harley-Oxford. — Podéis envainar, señor Lezama. Lo que os comunicaré abatirá vuestra valentía. Como vos hicisteis en primer lugar, ahora seré yo quien os ponga en antecedente de puntos que ignoráis. Además de mi cargo político, ostento el secretariado del Almirantazgo británico. Poseo abundante archivo. Y lo he hojeado esta tarde, cuando llegó un informe de la Torre de Londres. Sé quién sois. Un pirata de categoría excepcional, que muy orgullosamente quisiera contemplar ahorcado, porque habéis dado muerte a Hugh Foster, privando a Inglaterra de su barco. Pero podéis rendir ahora el mayor servicio al gobierno de Su Majestad. ¡Y lo haréis!

—¿Sí? ¿En qué os fundáis?

—Doble había sido el informe de esta tarde. Decía primero que se señalaba el paso de dos forasteros recién desembarcados en la embocadura del Támesis en el punto de unión de los caminos de Clapham y Perty. La descripción correspondía a vuestro identificable escudero y a la vuestra. Gracias a sus muchos espías, los gobiernos pueden permanecer sólidos.

El Pirata Negro envainó lentamente, fruncido el entrecejo.

—¿Qué otro informe os dieron vuestros espías de la Torre de Londres?

—Oh, no fueron mis espías. Fué el gobernador de la prisión, anunciándome el ingreso de una tripulación de presuntos pescadores que fué aprisionada por dos fragatas inglesas que

abordaron su velero a favor de la niebla. Dicho velero había inspirado recelos a la guardia marina de patrulla por la costa, y las dos fragatas especializadas en el abordaje, rindieron su servicio con gran eficiencia. Hubo poca lucha, ya que el abordaje se realizó por sorpresa. Tengo entendido que el velero aprisionado por sus dos costados entre las poderosas bordas de las fragatas, ha sido remolcado hasta el Embankment. Se están haciendo las pertinentes averiguaciones, ya que ninguno de los pescadores contesta a las preguntas que se les dirigen en varios idiomas. Por su arboladura y construcción, los técnicos navales opinan que es nave antillana. Y los expertos artilleros, han determinado que los cañones hallados a bordo del velero, son de línea española.

Harley-Oxford hablaba con palabras precisas, claras, como si estuviera informando ante las Cámaras.

—Quizá vos, señor Lezama, podríais añadir vuestra opinión a la de nuestros expertos. Nadie mejor que vos para consolidar sus testimonios. Si lo deseáis, os puedo acompañar a la Torre de Londres y también al Embankment para que estudiéis el velero que está bajo fuerte custodia. Os invito a que os cercioréis por vuestros propios ojos de que cuanto digo es cierto.

Lord Bolingbrooke levantóse con brusca decisión. El ceño fruncido del Pirata Negro le inquietaba…

—No debéis exponeros, Harley-Oxford. Llamaré a mi servidumbre y apresaremos a estos dos hombres…

Harley-Oxford miró por unos instantes a su compañero de gobierno.

—He invitado al señor Lezama, y si me expusiera a algún peligro, por bien empleado lo diera, porque sólo pienso en Angus Mac Dogherty. Cuando queráis, señor Lezama.

Barton Denver adelantóse hasta interponerse en el camino del político.

—Sufrid que os acompañe, Harley. Yo tengo querella pendiente con ese hombre que…

—Cuando está en juego un interés nacional, cesan de estar en la palestra los intereses particulares.

—¡No seáis absurdo! —estalló lord Bolingbrooke—. Ese hombre tiene que responder ante tribunales, y vos no podéis…

Harley-Oxford se detuvo en el umbral, porque «Cien Chirlos» no

manifestaba!a menor intención de apartarse, pero dejó el paso libre, atendiendo una seña del Pirata Negro.

Este atravesó el salón y el vestíbulo, sin pronunciar una sola palabra. Comprendía la enorme gravedad de la situación y por la actitud del prohombre inglés, calculaba que no existía invención en lo que había referido.

Harley-Oxford montó a caballo, y obedeciendo a la señal de su jefe, «Cien Chirlos» colocó su caballo a la izquierda del cabalgado por el inglés.

El Pirata Negro picó espuelas, y cuando ya se hallaban lejos de la mansión de Battersea Park, detuvo por las riendas el caballo que montaba Harley-Oxford.

Estaban en un trecho desierto de la carretera de Rotherthite, flanqueada por grandes árboles.

—No entiendo vuestra actitud, Harley-Oxford. Si como presumo es cierto que es mi velero el que está en poder de los ingleses, y son mis hombres los que están aherrojados en la Torre de Londres, sólo veo un medio para intentar solucionar tal situación.

—Yo también he estudiado un medio. El único posible —replicó con flemática serenidad el conspicuo personaje.

—No os acompañaré a la Torre de Londres, porque quien allí entra difícilmente sale. Me bastará con ver mi velero. Y entonces os diré cuál es mi idea.

—También entonces os daré a conocer la mía.

—Tened presente que si bien particularmente os estimo un caballero que sabe lo que se propone y cuya decisión respeto, también yo, como cualquier político, sacrifico mis particulares inclinaciones en bien de mi pueblo. Y mi pueblo son los hombres que están en la Torre de Londres.

—Todos los ideales son respetables, equivocados o acertados, si se defienden lealmente. Y porque he estudiado el extenso informe que sobre el pirata español Carlos Lezama obra en el archivo del Almirantazgo, es por lo que sé que defenderéis lealmente, a los que consideráis vuestro pueblo.

—Por el instante os ruego, que os consideréis preso.

—Ambos somos presos. Vos porque no le dáis importancia a vuestra vida nunca, y ahora menos, en que vuestro velero y su tripulación están en poder del gobierno inglés. Y yo, porque, en el

anónimo pacto que pienso proponeros, estoy dispuesto a todos los sacrificios.

—Conducidme al lugar del Embankment donde se halla este velero que afirmáis ha sido capturado.

Pusieron sus caballos al galope, y diez minutos después, de nuevo el Pirata Negro retenía por las riendas la cabalgadura del inglés.

En el cruce de las calles de Jamaica Road y Long Lane, había una calleja sórdida y húmeda que desembocaba al ancho muelle.

Y las dos paredes finales de la calleja enmarcaban la estampa de un velero, sobre cuya cubierta iluminada por abundantes linternas y antorchas paseaban en ronda vigilante, marinos ingleses…

—¡El «Aquilón»! —gimió «Cien Chirlos» en ronco sollozo.

—Continúa siendo mudo, guapetón —dijo secamente Lezama.— Sigue a caballo y hazte cargo de las tres bridas. ¿Me hacéis el honor de poner pie a tierra, señor?

Harley-Oxford obedeció, y siguió al Pirata Negro hasta el cercano quicio de una capilla cuyas rejas cerradas y pórtico formaban un recoleto refugio.

El Pirata Negro señaló el velero.

—Inglaterra tiene muchos barcos. Abunda también en piratas. Estoy seguro de que el gobierno preferirá ahorrar cáñamos, y tolerar que se haga de nuevo a la mar con su tripulación este velero, antes que perder irremisiblemente un hombre de vuestra categoría. Este es mi pacto: un trueque; vuestra vida por la de mi barco y mis hombres. Añado una cláusula que considero obligada: cuando mi velero y su tripulación, así como este hombre que me sirve de escudero, se hallen ya lejos de la costa inglesa y sus nieblas, yo tendré el honor de entregar mi espada a vuestra custodia. Creo que Inglaterra se contentará con ahorcarme a mí, siguiendo su lema de que suprimido el jefe, debilitado el peligro de los que le siguen.

—Lo que sugerís no puedo aceptarlo.

—No estáis en condiciones de alterar mi ofrecimiento. Para el gobierno inglés vos tenéis un valor insuperablemente superior al que pueda representar una reata de bribones y un velero.

—Sólo accederían a este trueque, si yo escribiera dando mi consentimiento. Y nunca lo daré.

Harley-Oxford hablaba sin alterarse, con frialdad amable.

Seguramente era el estilo que empleaba en sus discusiones de enmienda a leyes susceptibles de eficaces reformas.

—Sé que si queréis obligarme a desenvainar, podéis darme muerte. Nada conseguiríais con ello. Vuestros piratas serían ahorcados, y vuestro velero navegaría con pabellón corsario inglés. Antes dijisteis algo muy acertado. Suprimiendo el jefe, se suprime el peligro que representa los que le siguen. Desde que supe quién erais, os asocié en mi pensamiento con Angus Mac Dougherty. Para el gobierno inglés, la muerte de Angus Mac Dougherty vale mucho más que mi vida.

—Si él muriese otro le sustituiría...

—Tardarían en hallarle sustituto. Escocia es un país dividido en clanes bélicos, y la muerte de Angus suscitaría una serie de luchas entre los clanes y entre los propios seguidores de Angus. Mientras guerreasen, dejarían de conspirar contra Londres, y la reina. Y tan sólo vos, podéis tener ciertas posibilidades de conseguir lo que hasta ahora ninguno de los enviados ha logrado. Es política especial que nos impide enviar abiertamente ejércitos contra un trozo de tierra inglesa que se ha unido aparentemente a Inglaterra formando la Gran Bretaña. No os oculto que mucho es el peligro que correréis al intentar «hacer entrar en razón» a Angus Mac Dougherty. Si fracasáis, moriréis y nadie os podrá ayudar. Y entonces vuestro velero y vuestros piratas seguirían la suerte normal destinada a castigar el delito de piratería. Pero así como Francia, enemiga nuestra, pacta secretamente con Escocia, yo, en secreto y para el bien de mi patria, pacto en secreto con vos. Emplearé mi influencia en retrasar por espacio de un mes la ejecución de vuestros piratas y la entrega del velero a la Armada Inglesa. Pasado este lapso de tiempo si sigue en vida Angus e1 Tenebroso, me consideraré relevado de mi pacto político secreto.

El Pirata Negro contempló en silencio, durante unos instantes, la línea airosa del velero cuya cubierta estaba invadida por marinos ingleses.

Después miró el rostro franco y viril de Harley-Oxford.

—¿Estimáis entonces que me será fácil «hacer entrar en razón» como decís tan diplomáticamente a Angus el Tenebroso?

—Si yo fuera un político inhábil os contestaría que sí. Pero mentiría, Estimo muy escasas las posibilidades que tenéis. Angus

está en su propia tierra. Ocupa un castillo en una islita en el centro de un lago. El lago de Huntly, en el canal de Glenmore. Es tierra de lúgubres nieblas invernales, áspera y salvaje. El clan de Dougherty es poderoso, y siendo Angus un personaje tenebroso, cuyo aspecto personal ignoro, sé en cambio que sus tres capitanes Kircaldy, Erskine y Argill son verdaderos perros dogos que defienden cualquier acceso al lago de Huntly. Desde hace dos años, innumerables han sido los esforzados y valientes que secretamente hemos enviado a!a comarca de Glenmore. Ninguno ha vuelto. Muchos de ellos perecieron entre horribles tormentos. Algunos fueron en grupo, y aún fué peor. Antes los descubrieron.

Volvió Lezama a mirar su velero.

—Habéis hablado sensatamente, señor —dijo lentamente—. Y no seré tan insensato como para creer que pueda con mi solo esfuerzo liberar a mis hombres de la hermética Torre de Londres, ni arrebatar el «Aquilón» contra los que lo custodian. Acepto vuestro trato.

—Lo suponía. Cualquier otro intento os hubiera fallado. Y podéis marchar con absoluta seguridad de que si triunfáis, cumpliré lo pactado. Si fracasáis… elevaré en silencio mi copa por la muerte de un hombre valiente, que supo ser caballero aún siendo pirata y enemigo de la ley.

Inclinóse Lezama en cortés reverencia.

—Me pondré en camino esta misma noche, señor. Y antes de un mes habré cumplido lo que deseáis, o tendréis que beber en mudo brindis.

—Hacedme el honor de acompañarme hasta mi domicilio. Os entregaré ciertos documentos que os acrediten como espía francés. ¿Conocéis el idioma galo? Creo que el informe sobre vuestra persona, os destaca como experto lingüista.

—Puedo hablar el francés lo suficientemente para que un oído inglés o hasta el mismo de un galés, me crea originario del Sur de Francia.

—Bien. Entonces seréis Messire Lucien Terral, caballero de la Provenza. Este era el nombre del que ahora está encerrado en la Torre de Londres acusado de espionaje y de ser enlace que por vez primera venía de Francia en camino hacia Glenmore para entrevistarse con Angus Mac Dougherty. Llevaba una misión

importante. Quizá con sus credenciales y bajo su otra personalidad, lograréis entrar en el castillo del lago de Huntly. Entrar siempre es posible…

—Es lema que me enseñó mi profesión, señor. Entré en Londres como sir Lazyman. Entraré en el castillo de Huntly como Messire Lucien Terral… Pero no importa si salgo o no. ¿Vos sabréis cuándo “haya entrado en razón» Angus Mac Dougherty?

—Casi inmediatamente. Los que están sojuzgados bajo su yugo, que son todos los campesinos de la comarca de Glenmore, repicarán campanas y la lucha estallará entre los clanes. Un mensajero me comunicará repetidamente el feliz suceso… Y os doy mi palabra de honor que después de beber en último homenaje al caballero que murió en el castillo de Huntly en cumplimiento de un pacto secreto, vuestro velero y su tripulación entera harán rumbo hacia donde quieran. Y les garantizaré libre navegación hasta treinta millas a1 sur del Támesis. Después… me consideraré relevado de mi compromiso.

—Os pediré un último favor. Este hombre que me acompaña, si conmigo viniera podría poner en peligro mi misión. Le diré que le ordeno quedarse con vos como enlace. Dadle alojamiento en vuestras caballerizas. Y si fracaso, ¿consentiréis en dejarle libre? Querrá morir y podéis decirle que hallé la muerte en el lago de Huntly.

—Así lo haré, señor Lezama —y el inglés se envaró después de inclinar la cabeza.— Perdón… Tenéis mi palabra de honor, Messire Lucien Terral.

# SEGUNDA PARTE

## EL LAGO DE HUNTLY

# CAPITULO PRIMERO

## Tierra áspera y nebulosa

Las «tierras altas» llamaban los britanos a la comarca que al norte de la isla, estaba habitada por clanes altaneros y rapaces, inquietos y luchadores; tierra áspera y nebulosa aún feudal, con sus barones y condes rudos y desenfrenados, avaros y belicosos, obstinados y tercos, desconfiados y que en nadie ponían amistad.

«País bárbaro y gente brutal» era la frase con la que los britanos calificaban a los escoceses jefes de clan y sus seguidores, que imponían el terror entre los campesinos y aldeanos de toda Escocia.

Varios eran los jefes de clan que como reyezuelos vivían en sus posesiones campestres y en sus recoletos castillos fortificados. Arrastraban consigo, como amos de rebaño y a modo de bestias de carnicería, a sus aldeanos y pastores, sobre los que seguían imperando como tiránicos señores de horca, cuchillo y pernada.

Los clanes vivían entre sí en continua lucha y en expediciones de bandidaje, porque los soberanos con poder ilimitado que eran los jefes de clan, no conocían más alegría que el guerrear en eternas y pequeñas guerrillas.

Combatir era su placer y la avidez de poder el estímulo de sus vidas.

«Dinero y prebendas» informó un embajador francés «son las únicas sirenas a las que escuchan. Querer predicarles el deber hacia el rey, el honor, la justicia, la virtud y las acciones nobles, sería provocarles la áspera risa brutal».

Análogos a los «condottieri» italianos en su amoral complacencia en pendencias y saqueos, ineducados, groseros y sin dominio sobre sus instintos, se agitaban y conspiraban continuamente por la supremacía de sus propios clanes.

Unas veces se amontonaban hostilmente unos contra otros en

«feuds», contiendas que duraban años; otras concertaban solemnes «bonds», uniones en que se juraban fidelidad que había de durar breve plazo, para ligarse en contra de un tercero, pero en lo íntimo ninguno se mantenía leal al otro, y cada cual se alzaba implacablemente como envidioso y enemigo del mismo al que días antes había prometido fidelidad.

Paganos y bárbaros seguían siendo sanguinarios como en las no muy alejadas épocas feudales. Para todos ellos era igualmente insoportable la obediencia como la fidelidad al Rey residente en Londres. Fingían acatar a la monarquía y toleraban aquella sombra de dominio sobre sus castillos y propiedades, porque cada uno de los clanes consideraba que ello redundaba en propio beneficio.

Y en su tormentosa historia, cada vez que un Rey de Escocia pretendió ser realmente soberano y someter el país a la disciplina y al orden, oponiéndose a la soberbia y rapiña de los jefes de clan, sucumbía indefectiblemente al instante, porque todos los clanes se confabulaban para dejar impotente al atrevido monarca; y si no lograban tal resultado con la espada, recurrían al puñal del asesino…

Por la unión con Inglaterra, Escocia pareció admitir la soberanía de la reina Ana. Pero seguía siendo un país rebelde, indisciplinado, trágico, agitado por funestas pasiones, tenebroso y romántico como una balada. Un pequeño reino insular, rodeado por el mar, en el último extremo norte de Europa. Un país pobre, donde todas las fuentes de riqueza eran quebrantadas por la perpetua discordia entre los clanes.

Las ciudades no podían alcanzar una permanente prosperidad, por los saqueos e incendios con que las asolaban las luchas internas. Los castillos en que se albergaban los condes y barones, no eran palacios de pompa y cortesano esplendor; estaban destinados a ser guaridas protectoras y no conocían el suave arte de la hospitalidad.

Sin embargo, cuando el sol brillaba, el paisaje, si bien agreste, era hermoso en colorido y no permitía adivinar al forastero que el suelo del país era hollado innumerables veces por en cascos que pisoteaban los cadáveres de los vencidos en fratricidas luchas.

El único territorio densamente habitado, entre Tweed y Fifth, estaba demasiado próximo a la frontera inglesa y frecuentemente quedaba destrozado y despoblado por incursiones.

Más hacia el oeste y al norte se podía caminar horas enteras al borde de lagos solitarios, desiertas praderas y sombríos bosques nórdicos, sin ver una aldea, un castillo o una ciudad…

No se agrupaban entre sí poblados y poblados como en los demás países europeos, atestados de habitantes; no había anchos caminos que llevaran a través del país el tráfico y el comercio; no habla como en Holanda, España e Inglaterra navíos que zarparan de radas empavesadas para traer oro y especias de lejanos mares.

Las gentes del pueblo pasaban mezquinamente sus vidas, entregadas a la cría de ovejas, la pesca y la caza como en tiempos patriarcales.

En leyes, costumbres, riqueza y cultura, la Escocia de entonces presentaba, por lo menos, doscientos años de retraso con respecto a Inglaterra y otras naciones. Mientras que en todas las ciudades costeras florecían Bancos y Bolsas, todavía en Escocia era evaluada la riqueza por tierras y ovejas como en los días bíblicos.

Y paradójicamente, agravaba su pobreza la ayuda de Francia, porque cada vez que los ejércitos ingleses invadían impetuosamente Normandía, Francia apuntaba rauda, con el puñal de Escocia, las espaldas de Inglaterra. Entonces, los escoceses, siempre contentos de guerrear, atacaban a sus viejos enemigos los ingleses penetrando más allá de las fronteras.

El fortalecer militarmente a Escocia era la eterna preocupación de la política francesa, y por su parte, muy naturalmente, Inglaterra procuraba quebrantar este poder, promoviendo discordias y rebeliones entre los clanes.

Muchos eran los clanes que aspiraban a imponerse a los demás: los antiguos y poderosos de los Gordon, los Arran, los Crawford, los Lennox…

Pero el nombre que más sonaba y con más temor pronunciado por los aldeanos y pastores era el del tenebroso y enigmático Angus Mac Dougherty, «earl» de Glenmore.

Nadie le conocía, nadie podía describirle. Y en las noches frías, cuando las nieblas trenzaban con lentitud guirnaldas blanquecinas por entre árboles y setos, las viejas desgranaban con voz cascada cuentos de brujas en los que siempre el genio del Mal se llamaba Angus Mac Dougherty.

Pero mientras unas recitadoras presentaban a Angus Mac

Dougherty, como un hombre robusto y apuesto, otras lo encarnaban en la figura de un viejo decrépito, friolento y demoniaco, que por artes de magia suplía su escasez de fuerzas físicas, con recursos diabólicos.

Otras más audaces, decían que era el espíritu del viejo Mac Dougherty el que en vez de recibir sepultura al morir, seguía habitando el castillo del lago Huntly.

Los pertenecientes a otros clanes, afirmaban que era el hijo de Mac Dougherty el que iba adquiriendo mucho poder, ayudado por el espíritu de su padre.

Y supersticiosos, decían que sólo a esta demoníaca confabulación podía deberse el que en poco tiempo, Angus Mac Dougherty sin salir de la islita del lago de Huntly, hubiese logrado reunir bajo su mando a los rudos condes Douglas Kilcaldy, Ruthven Erskine y James Argyll, que eran ahora los capitanes del clan Mac Dougherty.

Pero para todos seguía siendo un misterio la personalidad tenebrosa de Angus Mac Dougherty, invisible en el encierro voluntario de su castillo del lago.

* * *

Era una islilla poética cuando el sol sonrosaba su vegetación. Una islilla en el centro de un lago formado por aguas que brotaban del subterráneo paso de aluvión del canal de Glenmore.

Ningún puente conducía a ella. Sólo barcas impulsadas por remos llegaban hasta la isla en cuyo centro se erigía un castillo circular de grises piedras tétricas donde las lianas y las enredaderas trepaban libremente.

En su interior vivían los hombres que componían el clan de Mac Dougherty; una vasta familia en la que todos tenían parentesco, más o menos lejano, legal o ilegítimo.

Y en las tierras que circundaban el paraje del lago Huntly, acampaban los clanes de Kilcaldy, Erskine y Argyll.

Todas aquellas fuerzas se movían, cuando desde una habitación hablaba un hombre. La habitación ocupaba el torreón más alto del castillo.

Una retorcida escalera de caracol conducía a aquella estancia, cuya puerta era tan estrecha que sólo daba paso a un hombre. Y el que era llamado, encontrábase en un aposento circular, cuyas

paredes aparecían cubiertas por gruesas cortinas que ocultaban diminutas puertas.

En aquel neblinoso y frío anochecer de principios de octubre, en la habitación del torreón, unas velas ardían prestando sombras movibles a los contornos de las telas que pendían de las paredes.

No había, al menos a la vista, ninguna puerta ni ventana, y sin embargo, una cortina movióse como si un misterioso viento la empujara.

La tela de espesa urdimbre se alzó dejando paso a un anciano encorvado y de paso vacilante, que cerró cuidadosamente la puerta por la que acababa de entrar, volviendo a dejar caer la cortina.

Quedóse un instante inmóvil y sus ojos vivaces recorrieron la habitación, cuyo mobiliario consistía en un cofre de madera tallada, una mesa tras la que un amplio sillón ofrecía acogedores brazos mullidos, y dos escabeles.

Tres trípodes dispuestos adecuadamente, soportaban los candelabros, de velas que iluminaban el aposento,

El anciano, de blancos cabellos ralos y largos, que vestía una hopalanda forrada que le llegaba hasta los pies calzados con babuchas, dirigióse con pasos trémulos hacia el sillón.

Tras el sillón y junto a la cortina, veíase un largo cordón trenzado, que agitó el viejo con más vigor del que podía suponerse en un hombre de provecta edad.

El rostro estaba arrugado en múltiples frunces apergaminados, así como la epidermis de las rugosas manos.

Chirrió una llave y movióse una de las cortinas, que al apartarse, descubrió la presencia de un individuo de alta estatura, hirsuta barba castaña, y larga melena del mismo color. Se cubría con ancha boina ladeada que ostentaba una pequeña pluma.

Vestía una chaqueta de pieles, por encima de la cual se cruzaban dos correajes que llegaban a la altura de la cintura; uno de ellos sostenía la funda de una pistola, y el otro una espada.

En el centro del cinto, un ancho cuchillo montés sin vaina, destellaba reflejando en cambiantes tornasoles la luz de las bujías.

Una corta falda descubría sus nudosas rodillas y sus peludas piernas que llevaba cubiertas a medias por toscas tiras de piel de oveja.

Calzaba unas sandalias de cuero. Todo su aspecto, su

musculatura y la suciedad de sus arreos, hablaba de primitivismo.

Era el «earl» Douglas Kircaldy, conde de Kircaldy…

—He estado aguardando tu llamada, Mac Dougherty —dijo con sequedad el recién llegado—. ¡Ay de ti si me mientes!

Angus Mac Dougherty extendió dos temblorosas manos.

—La unión de tu clan y el mío, junto con los de Erskine y Argyll —explicó con voz quebradiza y en variedad de tonos— hará que seamos pronto los dueños de Escocia. No puedo pues mentirte. Con la ayuda de Francia, lograremos lo que deseamos.

—¡Ay de ti si me mientes! —repitió obstinado el jefe del clan Kircaldy—. Consentí en unirme contigo, porque posees ciencias mágicas, y eres hombre de letra y espíritu. Sabes conspirar contra el inglés, y tu talento me sirve. Pero no soy tu vasallo ni tu criado. Me puse en camino cuando me dijiste que fuera a recoger en Londres un botín que había de servirnos para conspirar contra el inglés. Un botín que Hugh Foster, el corsario, te enviaba. ¿Y qué he traído? ¿Qué engaño hay en eso? He traído una mujer. No la he matado, porque quiero oír primero de tu boca la explicación que necesito. ¿Quién es esa mujer?

—Es lady Hermione Denver, mujer inglesa y de gran influencia en la corte de la reina.

—Es hermosa ¡Ay de ti si me mientes! Ha sido raptada y viene a la fuerza. Si pretendes saciar en ella tus libidinosos y débiles impulsos de viejo achacoso, te mataré, porque me habrás engañado.

—Eres fuerte y gran guerrero, Kircaldy. Pero no puedes comprender ciertos hilos ocultos que son los que manejan los pueblos y desencadenan las guerras; me refiero a la conspiración política. Pedí tu unión porque así como Erskine y Argyll, tú representas la fuerza. Yo soy el genio, el cerebro, el talento. Y lady Hermione Denver puede ser el hilo que necesito. No veo en ella a una mujer, sino a un instrumento. A ella sí que le mentiré. La induciré a sentirse ambiciosa. La haré creer en el poderío… Tú tienes llave de una puerta. Cuando la hayas traído, puedes ocultarte tras la tela y escuchar lo que a ella le diré. Muchas cosas no las comprenderás, pero adivinarás que persigo un fin: Escocia para nosotros, y esta inglesa nos ayudará. Podré quizá fingir que estoy enamorado de ella…

El anciano cerró los temblorosos párpados arrugados,

—Será parte de mi labor, Kircaldy. Tráela...

—No sé si eres espíritu del viejo Angus, o eres carne y hueso de los Dougherty. Pero no intentes engañarme, Mac Dougherty.

Y al crispar los puños el escocés puso de relieve la nudosidad de su musculatura mal encubierta por la chaqueta bajo la que no llevaba ropa alguna.

Dirigióse al fondo de la sala, apartó de un manotazo la tela, y volvió a abrir la puerta.

Poco después se apartaba la tela verdosa, y una mujer como si fuera impulsada por un vendaval, fue a detenerse en el centro del aposento, ante la mesa tras la que se sentaba e1 anciano.

La mano de Kircaldy desapareció tras la tela, después de empujar rudamente a Hermione Denver.

La aristocrática inglesa, recompuso sus vestiduras desarregladas, y en pie, con altivo continente, quedóse mirando desafiante al hombre caduco que la examinaba detalladamente, con los ojos brillantes...

—Bienvenida seas a mi castillo del lago Huntly, lady Denver. Si tu viaje ha sido incómodo, razones muy importantes me obligaron a imponértelo.

—¿Quién eres tú que osas hablarme así después de haberme mandado aprisionar?

—Soy Angus Mac Dougherty.

Lady Hermione Denver retrocedió un paso, llevándose la mano a la garganta. Semejó un pajarillo fascinado por una serpiente...

Volvió a retroceder hasta sentarse en un escabel. Y recuperó el dominio de sí misma.

—La reina te exigirá excusas por haberte atrevido ordenar a Hugh Foster que me hiciera apresar por sus corsarios para entregarme a un sucio y selvático escocés...

—Estás hablando del conde Kircaldy, capitán de clan, y mi amigo favorito. Si él te oyese, podría matarte. Pero él sabe que tú puedes ser... —y el anciano irguióse lentamente— ¡puedes ser la reina de Escocia!


*Quedóse mirando desafiante...*

Lady Hermione Denver había ya adquirido su habitual frialdad, de mujer bonita y cortesana.

—Estás chocheando, Angus Mac Dougherty. En la corte te conceptúan muy peligroso. Si te vieran tal como eres, comprenderían que no ofreces ningún peligro, y que poca vida te queda. No comprendo por qué tanto preocupas a los que en Londres rigen los destinos de Gran Bretaña.

—Me temen porque saben que yo lograré lo que hasta ahora no han conseguido ninguno de los clanes que guerrean entre sí en estériles guerras. Con la ayuda de Francia haré de nuevo reino independiente esta tierra de bravos nobles. Pero quizá pueda lograr lo mismo, si me uno en matrimonio con una dama de la nobleza inglesa.

Lady Hermione Denver examinó el semblante arrugado y el voluminoso ropaje que envolvía al decrépito anciano.

—Suponiendo que cualquier inglesa quisiera unirse contigo, un salvaje de las montañas altas, ¿qué lograrías con ello?

—Adormecer el recelo britano. Yo, e1 más independiente y solitario de los jefes del clan, al casarme con una inglesa, sería bien recibido en la corte. Y podría laborar por la independencia de

Escocia…

—¡Conspirar! Convertirte en el señor feudal de toda la tierra que aterrorizas. Exterminar a los que comprenden que bajo la tutela de Inglaterra, Escocia será un día una gran nación. Llenar sus cofres con las riquezas que las rapiñas de tu clan te proporcionarían…

Levantóse lentamente el viejo escocés, y a medida que se aproximaba a la inglesa, ella se echaba hacia atrás terminando por levantarse atemorizada…

Había algo indefinible en aquel hombre cuyos años debían ser muchos, y que sin embargo, ostentaba en los ojos un brillo juvenil, intenso y fascinador.

—Reinar en esta tierra que tú llamas salvaje, es lo que puedo ofrecerte, lady Hermione Denver. Pudrirte bajo una tumba es tu otra alternativa.

—No puedes… no puedes hacer tal cosa. Ni obligarme a casarme contigo ni matarme. La reina te pediría cuentas.

—Nadie sabe que estás aquí, y aunque en Londres lo supieran, en este castillo y en la comarca de Hurtly, sólo mandan los clanes de Dougherty, Kircaldy, Erskine y Argyll.

De pronto las dos manos sarmentosas del anciano se abatieron sobre los desnudos hombros de la aristócrata, que quedóse paralizada, incapaz de moverse.

En vez de un contacto helado de senectud, las palmas despedían una tibieza de sangre caliente, y una fortaleza impropia…

Los ojos vivaces destellaron con más intensidad…

—Medita, lady Denver. El conde Kircaldy te llevará a un aposento subterráneo bajo el lago. Allí han muerto de sed y hambre muchos de los que no quisieron aceptar mis consejos. Dispondrás de varios días para pensar. Comerás y beberás a tu antojo, y una aldeana te atenderá. Para nada saldrás de tu aposento enrejado. Iré a visitarte pronto. Si persistes en tu negativa, cesarás de recibir alimentos y bebida.

La soltó repentinamente y quedóse ella vacilante, en pie, mientras él con paso inseguros volvía a sentarse tras la mesa, arrellanándose quejumbroso, lanzando pequeños suspiros, en el confortable sillón.

—Podría haber elegido a otra cualquiera, pero si Hugh Foster te envió es porque sabe que tú puedes ser la esposa que yo necesito. La

que en caso de muerte mía, puede sustituirme en el mando del clan Dougherty.

Una risotada brutal, casi un relincho, brotó de tras una cortina a espaldas de la inglesa, que sobresaltándose, miró hacia el lugar donde había sonado la áspera carcajada.

Douglas Kircaldy apartó el cortinaje, y haciendo caso omiso de la mujer, avanzó basta apoyar las dos manos encima de la mesa, encarándose con el viejo.

—No me has engañado, Mac Dougherty. No comprendo muy bien tu propósito pero adivino que te propones algo muy grande. ¡Que reinemos en Escocia!

—¿Por qué reiste, Kircaldy?. —inquirió Angus.

—Porque todo puedes conseguirlo, pero no perpetuar tu raza. Hermosa es esta hembra, pero será estéril mientras comparta tu lecho.

Y brutalmente volvió el conde Kircaldy a reír, hinchadas las venas de su poderoso cuello.

Angus Mac Dougherty extendió ambas manos, ahora temblequeantes y muy distintas a las que hablan aferrado los hombros de lady Denver.

—Tú mismo reconoces que poseo ciertas artes mágicas —dijo con risita débil—. Pero no importa si perpetúo o no la raza Dougherty. Mientras quede en pie un Kircaldy, un Erskine o un Argyll, Escocia será nuestra.

Asintió gravemente Kircaldy, recuperada la seriedad que pocas veces le abandonaba, dado su carácter hosco y sombrío, mezcla de perfidia traidora y brutalidad primitiva.

—Déjala en el aposento de las tumbas, Kircaldy —dijo el anciano cerrando los ojos y adquiriendo de pronto todo el aspecto de un viejo agotado que se dispone a dormir.

Douglas Kircaldy no pronunció palabra alguna. Alargó uno de sus brazos complaciéndose en ver retroceder asustada a la inglesa. Luego dió un salto, la alzó en vilo, apoyándola después contra su ancho pecho.

Llevándola como si se tratara de un arnés, apartó la cortina, cerró la puerta e introduciendo la llave en e1 interior de un saquito bajo su chaqueta de piel, fué descendiendo las escaleras que giraban alrededor de un ancho pilar.

Hermione Denver no merecía en balde su reputación de «caprichosa y excéntrica» en una corte de extravagantes y relajados caracteres.

Aunque el viejo que allá arriba se quedaba le había impuesto por unos instantes un sordo temor, al adivinar en los ojos vivaces una luz de pasión arrolladora, veía una posibilidad.

Una posibilidad que alejaba de su mente la preocupación constante de muerte en que la había sumido el viaje en carroza escoltada por Kirkaldy y varios escoceses, hasta la barca que atravesando el lago la había depositado en aquella isla.

Enlazada, y casi sin respiración, examinó el rostro hirsuto del que la llevaba ahora abrazada con un solo brazo contra su dura musculatura.

Era el semblante de un ser primitivo, de pasiones instintivas, y ojos estriados por venillas sanguinolentas. Un hombre de unos cuarenta años, en la plenitud de su vigor...

Relajó ella todos sus miembros abandonándose voluntariamente al abrazo, y procuró dar a su semblante un aspecto de sumisión.

Terminada la escalera, Kirkaldy fué atravesando salas y pasadizos, hasta desembocar en un patio empedrado donde se agrupaban muchos caballos, sostenidos por las bridas junto a los pesebres.

Descendió otros escalones Kircaldy, y entró en un recinto de abovedado techo húmedo. Los muros, iluminados de vez en cuando por una antorcha, rezumaban agua...

Pisaba reciamente sobre lápidas en que se leían inscripciones. Era un tétrico lugar... De pronto, empujó con el pie una puerta, y rudamente arrojó al interior del aposento a su prisionera, que cayó al suelo.

El aposento estaba amueblado con una silla y un camastro. No había ventana alguna. Tan sólo iluminaba aquel interior, una antorcha.

—Esta es tu morada, inglesa-dijo hoscamente Kircaldy.

Ella levantóse y murmuró gentilmente:

—Me agradaría, conde Kircaldy, que fuéramos amigos...

Douglas Kircaldy resopló, y cerró la puerta bruscamente. Echó desde fuera el cerrojo, y poco después llamaba a una de las aldeanas que componían la servidumbre forzosa del castillo de

Huntly, repitiéndole las instrucciones de Angus Mac Dougherty.

Salió del castillo, y por dos veces, mientras atravesaba el lago, pensó en la hermosa inglesa que le ofrecía amistad…

# CAPITULO SEGUNDO

**Plumas verdes, plumas amarillas y plumas negras**

En el vasto paraje desierto que circundaba el lago de Huntly, la vegetación del accidentado terreno era desigual.

Desde la vertiente septentrional del gran Canal de Glenmore (en cuya orilla opuesta empezaba la tierra inglesa) hasta las proximidades del lago, el terreno era quebradizo, formado por barrancos y simas boscosas, coronadas por crestas de rojas rocas donde los brezales crecían libremente.

Las zonas oeste y norte del lago la formaban extensos prados cortados a trechos por grupos de árboles gigantescos. Y hacia el este se desparramaba una zona herbácea de intenso verdor húmedo.

Los primeros que habían acudido a la llamada secreta de Angus Mac Dougherty habían sido los clanes de Ru'hven Erskine y James Argyll, condes del mismo nombre.

Cada uno de ellos llegó al frente de un grupo de medio centenar de guerreros, y tácitamente, aunque eran entre sí parientes cercanos, los condes de Erskine y Argyll, ocuparon distintos lugares.

Argyll y los suyos acamparon en la zona noroeste, mientras los del clan Erskine descabalgaban en la zona verdeante del este.

Separados ambos bandos por el lago de Huntly, dedicáronse a vigilarse adustamente, en espera del resultado de las conversaciones que en el castillo del lago verificaban los condes de Argyll y Erskine.

Prestos estaban a entrar en lucha, y sin embargo los dos clanes lucían en sus boinas el mismo distintivo: una plumita verde de faisán.

Los dos condes salieron separadamente del castillo, y separadamente entraron en dos lanchas. Pero al llegar a tierra, ambos desenvainaron, y por un instante, los componentes de los dos

clanes, se refocilaron ante la perspectiva de un próximo combate.

Estuvieron alertas y expectantes, hasta que vieron que las dos espadas desenvainadas arañaban el suelo con sus puntas, mientras sus poseedores, con el brazo extendido aplicábanse mutuamente la mano izquierda encima del hombro adversario.

Era el pacto de conciliación y fidelidad: por aquel gesto, los condes Argyll y Erskine declararon su propósito de unir sus fuerzas en persecución de un mismo fin.

Y las plumas verdes confraternizaron momentáneamente ocupando la zona norte del lago, pero persistiendo en acampar en sus primeras posiciones.

Durante el día mezclábanse ambos clanes cazando y recorriendo indistintamente las márgenes occidental y septentrional del lago. Y asaban y devoraban las piezas cebradas en los extensos prados del norte, empleando como leña ramas de los gigantescos árboles «neutrales».

Al llegar la noche y después de haber efectuado hacia las cinco de la tarde una comida en común, las plumas verdes volvían a ocupar para descansar las márgenes oriental y occidental del lago.

Y como si estuvieran en espera de combate, mientras unos dormían tendidos en sus pieles y junto al calor de las grupas de sus caballos, otros vigilaban, paseando lentamente con la espada desenvainada que apoyaban encima del hombro.

Cuando Douglas Kircaldy llegó al frente de su clan, los acampados pudieron reconocerle desde lejos, por el color amarillo de la pluma de faisán que adornaba las boinas de los jinetes.

Las plumas amarillas se inmovilizaron cuando los jinetes formaron en ancho semicírculo en lo alto de las peñas de Glenmore.

De padres a hijos, los condes Kircaldy, Erskine y Argyll, habían sido alternativamente enconados enemigos y eventuales aliados.

Douglas Kircaldy, al divisar las plumas verdes de las dos márgenes del lago, dejó en 1o alto de las rocas el grueso de sus fuerzas que sumaban un centenar, y solo al frente de una decena de jinetes descendió por la vertiente norteña del canal, hasta detenerse a la salida de una barrancada empenachada de rojos brezales.

Desenvainó y mantuvo su espada en alto asiéndola con la mano izquierda por la punta, con la hoja delante del rostro hirsuto.

Sus fuertes rodillas desnudas mantuvieron inmóviles los flancos

del caballo que montaba y que al ver acercarse a los cabalgados, olfateaba inquieto el aire.

Los dos aliados avanzaron manteniendo sus espadas en idéntica posición a la del jinete que les aguardaba.

—Hola, gente de la montaña alta —saludó Kircaldy con rigidez estatuaria, sin moverse un ápice, para demostrar bien a las claras que por el instante su deseo era parlamentar, y no guerrear.

—Larga salud a las plumas amarillas, si vienen en son de paz —replicó el rubio y rechoncho Erskine.

—Ciento seis plumas verdes están unidas-dijo el conde Argyll, esquelético y fúnebre, con miembros sarmentosos y ojos de brasa encendida.

Su velada amenaza hizo que la diestra de Kircaldy se crispara alrededor de la empuñadura de la espada que conservaba en posición pacífica. Pero el mensajero de la pluma negra, el «highlander» Morton Sanders, capitán del clan Mac Dougherty, había sido portador de grandes promesas, cuando valientemente se presentó en el lejano campamento de Douglas Kircaldy, ostentando bizarramente y algo retador, la negra pluma de cuervo que atravesaba el lado derecho de su boina muy ladeada a la usanza montañesa del Canal de Glenmore.

Y pensando en las promesas del mensajero de Angus, Kircaldy logró dominar su instinto combativo y hasta suavizar las asperidades de su vozarrón, cuando replicó a los dos jinetes que ante sí tenía:

—Mis plumas amarillas suman 1a cantidad que forman vuestros dos clanes, condes Erskine y Argyll. ¡Ay de vosotros si queréis combate!

Erskine y Argyll hicieron retroceder sus caballos, pero sin alterar las posiciones de sus espadas.

Douglas Kircaldy siguió hablando con envaramiento inalterable:

—Un «highlander» de Glenmore, el capitán Morton Sanders, vino a mi feudo con mensaje de Angus Mac Dougherty.

—Fué también él quien me visitó —dijo Argyll.

—Morton Sanders me propuso alianza con Angus —habló Erskine.

—Su pluma negra siguió camino —dijo Kircaldy, dando a entender con ello que si no había castigado con la muerte al

mensajero de Angus, era porque juzgaba apreciables y dignas de estudio las ofertas del tenebroso señor de Glenmore y morador del castillo del lago.— Mis plumas amarillas ansían luchar con quien sea que se oponga. Primero tengo que visitar a Angus Mac Dougherty. Después, según sea lo hablado, nuestras espadas arañarán e1 suelo y nuestras zurdas asegurarán buena alianza. Pero ahora, precisó paso libre para visitar a Angus Mac Dougherty.

Los dos condes ya establecidos en Glenmore, hicieron recular sus caballos, que con sus grupas empujaron los pechos de los montados por los otros jinete».

A todo galope envainaron sus espadas y fueron a ocupar sus posiciones en las dos márgenes del lago, dejando el terreno libre entre la vertiente rocosa del canal y el litoral sur del lago.

A la señal de Kircaldy, los jinetes de pluma amarilla que seguían en lo alto de las rocas, fueron descendiendo, y obedeciendo las roncas órdenes, gritadas a pleno pulmón por Douglas Kircaldy que alzado sobre los estribos y con la espada envainada, mantenía la diestra en alto, se extendieron en extraña formación.

Era un triángulo de jinetes, compacto y erizado, donde la base tenía por centro a Douglas Kircaldy, y el vértice se hallaba a retaguardia. Tal era la estrategia guerrera del clan Kircaldy, cuando debía avanzar en cuña por terreno hostil.

Cuando el triángulo humano rozó con su base el linde del lago, Douglas Kircaldy entró solo en la lancha, que aguardaba ya.

Sus hombres permanecieron a caballo, vigilantes los tres lados. Douglas Kircaldy, recibido primero por Morton Sanders, y después por el viejo Angus, salió satisfecho de su entrevista.

Angus Mac Dougherty no sólo le había dado una llave de su torreón, sino que a la vez le había prometido que él sería su sucesor en caso de muerte, porque lo consideraba muy superior en talento y dotes de mando y guerreras a los condes Erskine y Argyll.

Idéntica promesa había hecho a Erskine y Argyll por separado.

A la salida, el «highlander» Morton Sanders acompañó en su lancha al conde Kircaldy, y al llegar a tierra, fué Morton Sanders quien actuó de elemento intermediario y conciliador.

El “highlander” parecía más pequeño de lo que era, dada la anchura de sus hombros y la reciedumbre de su cuello. Vestía la chaqueta de piel de oveja, la falda de tejido de cardo, y los correajes

de piel de las piernas, así como las sandalias, idénticamente como los otros tres jefes.

Sólo se distinguía en dos peculiaridades: la pluma negra y larga que se hincaba en el borde derecho de su boina, y el rabo de zorro que colgaba de su cinto, atestiguando su candad de Capitán «libre» pero sirviendo a un jefe de clan.

Distinguíase también de los demás en que llevaba el rostro por entero afeitado. Un rostro ancho, de sagaces ojos penetrantes, que velaba de vez en cuando, al hablar con pesados párpados adormilados...

Habló bien y al estilo montañés. Reconoció que debían olvidarse antiguas querellas... El mismo había guerreado contra el clan Dougherty y sin embargo ahora había jurado fidelidad a Angus, porque lo que éste se proponía era la libertad y el poderío de Escocia... Aconsejó en repetición, según dijo, de las experimentadas frases de Angus, que los tres clanes conservaran su independencia entre sí, pero amistosamente, aguardando la ultimación del gran proyecto que Angus iba completando... Durante el día podían dedicarse a la caza en la zona herbácea del norte del lago, y durante la noche ocupar cada clan el lugar que eligiera.

Douglas Kircaldy señaló mudamente las barrancas de la vertiente del Canal, y Morton Sanders expresó el deseo de Angus de que la mayor confraternización reinase entre plumas verdes y amarillas.

La única pluma negra que en los días siguientes se movió en la extensa zona ocupada por los tres clanes, era la de Morton Sanders, quien pasábase el día contribuyendo con su diplomacia en el arte de conversar y con su pericia como jinete cazador, a que reinase, al menos en apariencia, un estado de quietud entre los clanes de Kircaldy y los dos conjuntos de Erskirne y Argyll.

Pasaron semanas y semanas, y de vez en cuando, por mutuo acuerdo, los tres clanes formaban un grupo mixto de igual número de hombres, que para desfogarse, y obedeciendo «consejos» de Angus transmitidos por Morton Sanders, efectuaban una larga excursión de saqueo por lejanas aldeas.

El regreso era festejado copiosamente, y en el prado del norte del lago, juntábanse los tres clanes, compartiendo sin jovialidad, pero también sin hostilidad, la carne y el áspero vino escocés que

rellenaba los curtidos pellejos de oveja y que sólo los paladares escoceses admitían por bueno e incomparables.

Fué en una de esas celebraciones, que tenía lugar en un mediodía fresco, pero soleado de octubre, cuando Morton Sanders, tras beber aplicando la boca en el gollete de piel del cuero que contenía ochenta litros y que para demostración de su vigor a1zaba encima de su cabeza, dejó en el suelo, ante los pies de Kircaldy, el tosco recipiente, para fijar la vista frente a sí.

Todos fueron mirando hacia donde él miraba. Vieron descender por las rocas de la vertiente del Canal, procedente al parecer de tierra inglesa, a un jinete vestido lujosamente de negro, coleto de encajes blanco, y chambergo negro de larga pluma blanca...

# CAPITULO III

**Messire Lucien Terral**

—Inglés —dijo Argyll, más acentuado el brillo de los ojos en su magro rostro tétrico.

—Si lo fuera, bien se guardaría de venir a solas por nuestra tierra —comentó Erskine, arrojando a lo lejos el hueso que acababa de privar de toda partícula de carne.

Seguían todos sentados en la hierba, comiendo y bebiendo vorazmente entre resoplidos y eructos de satisfacción:

Morton Sanders, se dirigió a su caballo, seguido por Douglas Kircaldy quien a su vez ensilló. Pusieron al galope sus monturas y bordearon el lago hasta detenerse en la orilla sur, dando frente al jinete que, sin prisas, dirigiendo su caballo al paso, iba avanzando por la quebrada ladera.

* * *

Carlos Lezama, desde lo alto de las rocas que coronaban la vertiente del Gran Canal, uno de cuyos puentes acababa de atravesar, no detuvo su caballo para contemplar el espectáculo campestre que se le ofrecía a la vista allá en el ancho prado del otro lado del pequeño lago.

Siguió conduciendo su caballo sorteando los obstáculos del accidentado terreno, pero iba haciendo el cálculo de las fuerzas que a su entender eran las que componían el clan de Angus Mac Dougherty.

Vió el galope de dos escoceses, que guiaron sus monturas basta detenerlas cerca del lago y en el lugar al que forzosamente él habría de llegar, a menos de volver grupas, o tomar peligrosos vericuetos laterales.

Uno de ellos era alto, ancho y causaba una impresión de

selvática fiereza, aumentada por el aspecto hirsuto de un rostro joven aún, erizado de barba, donde las negras cejas eran extremadamente peludas.

Vestía a la usanza montañesa de los «highlanders», así como el que le acompañaba, distinguiéndose ambos tan sólo por el color de la pluma clavada en el borde ladeado de sus boinas.

El de la pluma negra, era más bajo de estatura y llevaba el rostro totalmente rasurado.

Aun en su inmovilidad, ambos ofrecían un aspecto amenazador.

Allá en el prado, los demás seguían entregados al placer de una comilona en aquel mediodía fresco y soleado de octubre.

A espaldas de los jinetes escoceses, en el centro del lago, una islilla estaba casi en su totalidad ocupada por un imponente castillo do macizos contornos grises.

Llegó Lezama hasta la altura de los dos que aguardaban, y a la par que sujetaba por las riendas su caballo, obligándole a hacer alto, destocóse cortésmente el chambergo.

—Buenos días, señores-habló en inglés, procurando aumentar su acento extranjero. —Agradecería me informasen si estoy muy lejos del castillo de Huntly.

Douglas Kircaldy continuó en silencio, mirando con fijeza al viajero. Morton Sanders, sin saludar, replicó:

—Este es el lago de Huntly y aquél es el castillo por el que preguntáis, forastero.

Cubrióse Lezama y con la diestra enguantada señaló la isla.

—Debo visitar al propietario de aquel castillo.

Douglas Kircaldy emitió una risotada carente por completo de buen humor y jovialidad.

—¿Quién eres tú? —preguntó a continuación.

Carlos Lezama pasóse el meñique por el fino bigote, contemplando en silencio al hirsuto montañés.

—¿Sois inglés? —inquirió Morton Sanders.

—Por suerte, no —replicó el Pirata Negro.— Soy francés, si es que tanto os interesa saber quién soy.

—Vienes de tierra inglesa —masculló Kircaldy.

—Si un inglés me viera venir de aquí, no por eso pensaría que soy escocés. Desembarqué en Gildford, porque el barco en que viajé no quiso desembarcarme por estos parajes.

—Te pregunté quién eras y a qué venías —dijo hoscamente Kircaldy.

—¿Quién eres tú y por qué me interceptas el camino?'

Morton Sanders intervino:

—Excusadnos, señor forastero, si nuestro estilo os choca. Esta comarca es poco frecuentada y en ella se ignoran los usos y costumbres de cortes extranjeras. Soy Morton Sanders, capitán del clan Mac Dougherty, que es el conde y señor de aquel castillo.

—Yo soy Messire Lucien Terral, y deseo visitar al conde Mac Dougherty.

—¿Qué tienes tú que hacer allí? —inquirió Kircaldy, hostilmente.

De nuevo se anticipó Sanders a la respuesta del Pirata Negro.

—Soy el hombre de confianza de Angus Mac Dougherty. Decidme el motivo de vuestro viaje y transmitiré a mi señor vuestro deseo de visitarle.

—Os agradezco vuestros buenos modales, capitán Sanders, pero mi viaje es privado y sólo al conde Angus pienso darle cuentas.

—Muchos humos trae el francés de su corte —dijo Kircaldy.— Demuéstrale dónde está y quién somos, Morton Sanders. Desenvaina tú o lo haré yo. Basta ya de permitirle que alardee de secretos en la comarca del Glenmore. —Y dirigiéndose al forastero, añadió:— Tenemos hartura de espías ingleses y tú eres uno más de la turba británica.

—No deseo pelea alguna —dijo el Pirata Negro, mirando al fogoso conde escocés.— Pero si ello ha de satisfacerte, cuando haya cumplido mi misión, dispuesto estoy a darte todo género de explicaciones en el terreno que tú mismo elijas. A pie, a caballo, espada en mano, o puños desnudos.

Douglas Kircaldy dejó oír de muevo su risotada agria y honda.

—Aplacemos por el instante la cuestión, señores —intervino Morton Sanders, alzando las dos manos en ademán apaciguador.— Déjame hablar, conde Kircaldy. Te rogaría que me dejaras a solas con el forastero, porque es mi obligación acompañarle a visitar a Angus. Bien sabes que Angus espera siempre visitas de Francia.

Douglas Kircaldy desenvainó, y trazó en el aire dos tajos en forma de aspa.

—Quedas retado, francés, por haberte atrevido a desafiarme. Te

aguardaré aquí mismo.

—Quedarás satisfecho, conde Kircaldy. Y ahora, capitán Sanders, si lo tenéis a bien, dignaos indicarme qué camino debo tomar para dirigirme a rendir pleitesía al conde Angus Mac Dougherty.

Morton Sanders colocó sus dos manos ahuecadas alrededor de su boca.

Gritó estentóreamente por tres veces emitiendo un sonido gutural de hondas resonancias.

Miró Lezama hacia la isla, y vió destacarse de su ribera una lancha a fuerza de remos, que atravesó el corto espacio del lago.

Desmontó el Pirata Negro imitando a Morton Sanders que fué a atar las bridas de su caballo a un tronco, y Lezama efectuó la misma operación.

Desde su silla, Douglas Kircaldy contemplaba con patente desprecio al elegante sujeto que había tenido la imprudencia de desafiarle a él, invencible luchador de las montañas.

Crispó las salientes mandíbulas ocultas por la enmarañada barba, al ver que también el forastero le devolvía la misma mirada.

Pero ya Morton Sanders señalaba a Lezama la lancha.

—Cuando queráis, Messire.

Entraron ambos en la lancha y los dos remeros, en silencio, impulsaron la embarcación en sentido contrario.

Lezama, quedó en pie como Sanders en el centro de la embarcación.

—Vuestro semblante aparece quemado por soles de mejores climas, Messire.

—Fui hombre de mar, y a ello debo mi piel tostada. Que en Francia el sol tampoco brilla mucho, aunque sí en mi comarca. Soy provenzal, del sur de la tierra gala.

—Espero que habréis sabido comprender que eran justos los recelos de mi amigo el conde Kircaldy.

—Pueden siempre subsistir los recelos, pero sin mostrarse por ello descortés. Justo es por tanto que os agradezca que si es vuestra obligación el desconfiar, sepáis hacerlo con buenos modales.

La lancha tocó en la ribera de la isla, y la grandiosa mole del castillo parecía alzarse sobre sus cabezas al poner los dos hombres pie a tierra.

El suelo era pedregoso y la menuda hierba que crecía notábase

que era pisoteada con frecuencia.

Adelantóse Sanders hasta la base del muro almenado, y dió un recio puñetazo contra la madera de una poterna.

Abrióse la poterna, chirriando pesadamente, y Morton Sanders entró, precediendo al Pirata Negro.

Encontróse éste en el interior de un gran patio abierto, después de atravesar el soportal en arco que rodeaba el recinto descubierto.

En el patio aglomerábanse hombres vestidos con la clásica falda de vivos colores y la chaqueta de piel, pero en sus boinas había una pluma negra.

Sin soltar de las bridas de sus caballos, comían, y otros lo hacían sentados en las sillas, aproximándose de vez en cuando a las fogatas donde humeaban los guisos...

Siempre en pos de Morton Sanders, atravesó Lezama el patio, seguido por la hostil mirada de los componentes del clan Mac Dougherty.

Entró en otro soportal de gran arco, que una vez franqueado, dió paso a un vasto aposento amueblado toscamente, con armaduras diseminadas a lo largo de los muros.

Atravesó varias salas semejantes, y por fin se detuvo Morton Sanders ante la entrada de un gran pasadizo mal iluminado, del que salía un aire enrarecido y húmedo.

Al fondo de aquella sala reducida comenzaba una escalera de anchos peldaños que parecían enroscarse y desaparecer tras un gran pilar.

Un cofre y tres escabeles componían el mobiliario, aparte de varias armaduras erguidas en sus soportes de hierro, como centinelas vacíos aplomados en los pedestales.

—Supongo, Messire, que llevaréis credencial que atestigüe sin lugar a dudas que sois Messire Lucien Terral, y que vuestro propósito es visitar al señor conde Angus.

Tocóse Lezama el jubón a la altura del corazón.

—Aquí tengo mi credencial, en forma de carta. Podéis, cuando lo estiméis oportuno, anunciar mi visita al conde Angus.

—Debo antes informaros de extremos que creo ignoraréis, Messire. Dignaos tomar asiento.

Sentóse Lezama en el escabel que más cercano tenía sin demostrar en lo más mínimo su impaciencia por verse ya frente al

hombre por cuya muerte obtendría la libertad de los tripulantes del «Aquilón».

Morton Sanders siguió en pie, apoyando las espaldas en el muro, cerca de la escalera de caracol, que conducía al torreón donde anidaba Angus Mac Dougherty.

—Vos mismo habéis reconocido que toda precaución es poca para salvaguardar la preciosa existencia del hombre en quien Escocia ha depositado toda su fe y esperanza.

—Gustoso me someteré a aquello que sin alterar las órdenes que yo he recibido, pueda satisfacer la órdenes que vos tenéis.

—¿Queréis mostrarme vuestra credencia?

Carlos Lezama se desabrochó dos botones del jubón, y extrajo un sobre sellado con múltiples lacres, en cuyo anverso una letra de memorialista había escrito varias palabras.

Bajo aquellas palabras había un sello: lo lises del escudo real francés.

Avanzó la mano Sanders, pero el Pirata Negro apartó la suya, alejando el sobre sellado del alcance del escocés.

—Excusadme, capitán Sanders. Pero tengo orden de entregar tan sólo al conde Angus este mensaje.

—¿Acaso no confiáis en mí?

—¿Confiáis vos en mí? Estamos a la recíproca. Estimo muy prudentes todas vuestras precauciones, pero mi viaje ha sido muy peligroso. Tuve que escapar de varias asechanzas que me tendieron los ingleses desde mi salida de Calais, y ahora que he conseguido llegar al final de mi viaje, no puedo hacerlo fracasar. ¿Vos teméis a los espías británicos? Hacéis bien, pero consentid que yo cumpla mi misión tal como me fué ordenada.

—Aprecio a los que saben cumplir lo que les ordenan. Por eso mismo, debo yo ser el primero en dar el ejemplo. El conde Angus me tiene terminantemente prohibido que dé acceso a su sala, a aquél que no haya demostrado de modo fehaciente y sin ninguna duda, que es realmente quien pretende ser.

Sentóse Sanders al terminar su anterior frase, dando frente a Lezama.

—Sometedme a cuantos interrogatorios queráis, pero no os formalicéis si no os entrego el mensaje que sólo en manos del conde Angus debo entregar.

—Habláis bien el inglés, Messire —dijo amablemente el «highlander».

—Por eso fui elegido en París, capitán Sanders. Un francés que sólo conociera su propio idioma, habría fracasado en tal misión al pisar suelo y barcos ingleses.

—Vuestra explicación es la que esperaba. En efecto, en París saben elegir a sus mensajeros. ¿De qué comarca dijisteis que erais?

—De la Provenza, tierra lindante con el golfo de León que baña costas catalanas e italianas también.

—¿De qué pueblo?

—De Montpellier, sede universitaria.

—¿Quién os envía?

—El consejero privado del secretario del Rey en Asuntos Exteriores, que como quizá no ignoraréis, es Monsieur Tully.

—Conozco personalmente a Monsieur Tully. No quiero vanagloriarme, pero habréis observado que mi estilo es menos rudo que el del conde Kircaldy, por ejemplo. He viajado. Muchas veces por afición. Otras enviado por el conde Angus a Francia, en misión opuesta a la vuestra, aunque sirviendo el mismo fin de mantener estrecho contacto entre los designios secretos de Francia y Escocia. ¿Está ya monsieur Tully mejorado de su pleuresía?

Recordó Lezama las abundantes explicaciones que 1c había proporcionado Harley-Oxford, en su despacho de Londres, poco antes de que se pusiera en marcha para el viaje sin vuelta...

—Felizmente fué tan sólo un ataque de fiebres que dió al principio la creencia de que era una pleuresía. Pero monsieur Tully se puso bien del todo en breve tiempo.

—¿Es esta vuestra primera visita al conde Angus?

—Sí. Hasta ahora mis misiones lo fueron por tierras de Italia y España. Alguna que otra voz visité brevemente la capital del Támesis, también en misión privada. Pero por vez primera vengo a Escocia.

—¿No conocéis entonces al conde Angus?

—No he tenido tal honor.

—Pero, os habrán explicado cómo es, de forma que si os vierais ante él lo reconocierais al momento.

—No. Tengo que confesar que en cierto modo estoy intrigado, porque son muchas y dispares las versiones. Los comentarios se

dividen en contradictorios. Unos le creen joven y fuerte, otros viejo y achacoso.

—¿No os informó monsieur Tully?

—El mismo admitió que desconocía el aspecto físico del conde Angus Mac Dougherty.

Levantóse Morton Sanders, extendiendo las manos hacia delante en ademán suplicante.

—Tengo que imponeros un ruego, que os puede resultar molesto.

—Decid y compartiré o no vuestra opinión.

—El conde Angus, dada su avanzada edad y su general debilitamiento, no admite ante él a caballeros que lleven armas.

—Si mis intenciones fueran criminosas, vos podréis atajarlas.

—El conde Angus recibe siempre a solas a los mensajeros, porque no quiere que nadie oiga las misiones secretas que le son enviadas desde París.

Levantóse a su vez el Pirata Negro.

—Confio en vos, capitán Sanders. Pero fui advertido de que la conspiración abunda en Glenmore, y que muchos de los que aparentemente sirven al conde Angus, estarían muy deseosos de arrancar sus secretos a los mensajeros de Francia. No puedo pues aceptar vuestra sugerencia de abandonar mis armas. Ved que tan sólo llevo espada y daga.

Morton Sanders pasóse varias veces la mano por el mentón en actitud de reflexión.

—Tendré que consultar a mi señor, Messire.

—Lo considero muy lógico, capitán Sanders.

—Pero no puedo quebrantar la orden que tengo, para un caso parecido. Otras veces se ha presentado la misma situación. Mensajeros que recelando las supuestas y maquiavélicas conspiraciones escocesas de Glenmore, no quisieron abandonar sus armas. Tendréis pues que consentir en lo que ellos consintieron.

—Decidme de qué se trata.

—En este pasadizo hay aposentos especiales destinados a albergar a huéspedes voluntarios y también a huéspedes forzosos. Los mensajeros permanecieron voluntariamente en uno de estos aposentos, encerrados mientras yo consultaba al conde Angus. Nada habían de temer y por tanto consintieron. Sólo dos se opusieron

tercamente, y llegó el conde Angus a la acertada conclusión para explicar sus actitudes: eran espías ingleses.

—Si yo lo fuese, habría admitido desde un principio el entregar mis armas. Comprended que de poco me habrían de servir si no fuera realmente Messire Lucien Terral, enviado del Rey de Francia.

—En efecto, de poco os habrían de servir. Pero a veces los británicos han enviado fanáticos, muy dispuestos a morir, con tal de matar al conde Angus.

De pronto, sin previo aviso, desenvainó rápidamente Morton Sanders. El Pirata Negro le imitó manteniéndose en posición defensiva.

—Qué avispa os pica, capitán Sanders?

El aludido dejó sobre el escabel su espada y desenvainó su daga colocando a junto a la otra hoja de acero.

Su sonrisa era ladina, taimada y poco agradable de ver, cuando añadió hablando con cierto deje amenazador:

—Soy el primero siempre en cumplir las órdenes del conde Angus, que no quiere que nadie se presente ante él con armas. Podéis envainar tranquilamente... por ahora, Messire Lucien Terral. Si sois, como lo espero, un enviado francés, consentiréis en seguirme al aposento en que os ruego tengáis a bien esperar mi regreso después de consultar al conde.

—Soy vuestro humilde y obediente huésped, capitán Sanders.

Y envainando, el Pirata Negro entró en el pasadizo por el que ya el escocés le precedía. A la luz del día sucedió ahora el rojizo resplandor de unas antorchas que iban mitigando las penumbras.

Varias puertas abríanse a derecha e izquierda del ancho túnel abierto bajo las aguas del lago.

Detúvose Sanders ante una puerta cerrada.

—Tendréis compañía, Messire Lucien Terral.

Y apenas terminó su frase abrió bruscamente la puerta. En el aposento iluminado por candelabros y antorchas quedó visible un lecho, una mesa y dos escabeles.

En uno de ellos se sentaba lady Hermione Denver, quien al ver al Pirata Negro púsose en pie como impelida por un resorte.

Logró dominarse porque el Pirata Negro preguntaba:

—¿Quién es esta dama, capitán Sanders?

Morton Sanders miró a la inglesa un instante, y ella avanzó

impetuosamente.

—¿Cuándo cesará este encierro? ¡Decidle a Angus Mac Dougherty que quiero hablarle!

Morton Sanders avanzó la diestra empujando sin rudeza a 1a hermosa aristócrata.

—Podéis entrar, Messire. Os vendré a buscar tan pronto haya consultado a mi señor.

Cerróse la puerta apenas hubo entrado el Pirata Negro. Y rápidamente éste puso su índice encima de los labios, preguntando después con voz de afecta cortesía:

—¿Os molestará, señora, que comparta por unos instantes vuestro aposento?

—¿Quién sois? —preguntó ella obedeciendo a lo que comprendía deseaba el hombre que milagrosamente acababa de aparecer ante ella.

—Messire Lucien Terral, para serviros en lo que gustéis.

# CAPITULO IV

## Angus Mac Dougherty

Por unos instantes estuvo Morton Sanders con la oreja aplicada contra el ancho pañol de la puerta. Se enderezó al oír la presentación que de sí mismo hacía el mensajero...

Y se encaminó hacia la escalera de caracol atravesando rápidamente el ancho pasadizo subterráneo. A medida que iba subiendo los peldaños que serpenteaban, la habitual expresión de su rostro sufrió un cambio

Dejaba de ser un semblante indiferente, y poco después, al entrar en el aposento circular del torreón, cuya puerta cerró, se dedicó a una curiosa maniobra.

Fué levantando una tras otra las cortinas, cerciorándose que las cuatro puertas estaban cerradas. Después, acercóse al cofre y abriéndolo con una llave, extrajo de su interior la hopalanda larga y mullida que cubría los miembros de Angus el Tenebroso.

La revistió por encima de las ropas que caracterizaban a Morton Sanders. Quitóse la boina que dejó en el interior del cofre, y del mismo extrajo una caja cuya cubierta era un brillante azogue.

Poco después, abría de nuevo una de las puertas, descorriendo el cerrojo interior, y antes de regresar a su asiento tras la mesa, cerrado ya el cofre, agitó cuatro veces el cordón que comunicaba con la campanilla instalada en el cuarto del viejo Terence, el criado de la familia Mac Dougherty, desde su mocedad.

Cuando entró Terence por una de las puertas distintas a las que usualmente dejaban paso al propio Angus o a Kircaldy, Angus Mac Dougherty, sentado tras su mesa empleó la voz que usaba en su caracterización:

—Que la lancha vaya en busca del conde Kircaldy. Le necesito.

* * *

Carlos Lezama avanzó hasta el centro del aposento, examinando desde allí las gruesas paredes desnudas desprovistas de toda ventana ni otra salida aparte de la puerta que acababa de cerrarse tras sus espaldas.

Lady Hermione Denver fué a colocarse frente a él, hablando casi en susurros

—¿Cómo pudisteis averiguar mi paradero, sir Lazyman?

—No citéis tal nombre. Por el instante soy Messire Lucien Terral y traigo mensaje de Francia para Angus Mac Dougherty. No pueden oírnos pero tan pronto oigáis abrirse la puerta hemos de ser dos desconocidos que traban conocimiento.

—¿Hugh Foster?

—Quedó prisionero de los esclavos que transportaba. En alta mar le abandoné en el velero que era ya dominio de los negros.

—¿Por qué regresasteis a Inglaterra?

—Tenía varias citas. Pero ahora obedezco instrucciones de Harley-Oxford por un pacto que mutuamente hicimos. E1 dará libertad a mis hombres prisioneros, cuando yo haya conseguido lo que él desea, que es intentar «hacer entrar en razón» a Angus Mac Dougherty. Estáis prisionera y difícil veo el que escapéis de aquí.

—Angus quiere casarse conmigo. Supone que su alianza con una noble inglesa, le abrirá puertas de lugares donde desea entrar. Es un conspirador... Yo podría dominarle porque hay luz de pasión en sus ojos cuando me mira. Pero he pensado que más me valdría intentar suscitar la misma pasión en el conde Kircaldy.

—¿Os habéis contagiado ya del nebuloso afán conspirador de estos salvajes escoceses? Pensad en lo que queráis, milady, porque desgraciadamente, me es imposible ayudaros. Tengo una misión que cumplir y debo llevarla a cabo, porque va en ello la vida de muchos hombres que por una imprudencia mía cayeron presos en la Torre de Londres, ya que nunca debí hacerme acompañar por mi velero hasta la costa inglesa.

—Siempre os supuse hombre enigmático, sir Charles. Ahora, de pronto, aparecéis como Messire Lucien Terral. ¿Cuál es vuestra verdadera personalidad?

—No tengo inconveniente en revelárosla, ya que no creo que pueda salir yo de aquí. Mi nombre es realmente Carlos. Mi apellido

Lezama,

—¿Español?

—Nací en lejana tierra antillana de Panamá. Pero nunca supuse que debería hallar forzosamente la muerte en un castillo escocés, y dejando de prestar mis servicios por vez primera a una dama en peligro.

—Yo no corro peligro porque sé que Angus me desea. Una mujer nunca se engaña en estas apreciaciones, señor Lezama. Contadme por qué vos, que siempre me parecisteis hombre capaz de salir indemne de los mayores riesgos, pensáis ahora hallar definitivo encierro entre esos muros. ¿Por qué os fingís francés?

—Para poder llegar hasta Angus, bajo la personalidad de un espía galo preso en la Torre de Londres.

—Lo habéis conseguido ya.

—Pero creo que Morton Sanders, el que hasta aquí me acompañó, desconfía. Seguramente me hizo entrar aquí para ver si casualmente vos, como inglesa, me reconocíais.

—Quedó salvado este peligro. ¿Qué teméis pues ahora?

—Milady: si nada puedo hacer por vos, es porque considero que al cumplir mi misión cuando sea llevado a la presencia de Angus, no tengo escape posible. Lo intentaré, que no me rindo en pie, pero son muchos escoceses los que hay en el castillo y fuera de él…

—Entonces… ¿venís a matar a Angus?

—Más o menos esa es la traducción del eufemismo con el que Harley-Oxford, gentil caballero leal, indica que es necesario «hacer entrar en razón» a Angus, para bien de Inglaterra.

—¿Qué os importa a vos la suerte de Inglaterra?

—Absolutamente nada. Pero en la torre de Londres hay cuarenta hombres presos por mi imprudencia. Y sólo quedarán libres, cuando Harley-Oxford sepa que Angus ha dejado de existir.



Douglas Kircaldy entró en el aposento del torreón, después de abrir la puerta con la llave que le habla entregado el propio Angus.

—Hola, conde Angus Mac Dougherty. Fui advertido que querías verme. Pero me urge irme porque he quedado emplazado con un francés retador llamado Messire Lucien Terral.

—De él quiero hablarte, conde Kircaldy. Siéntate. —Y el aparentemente senil escocés tendió una mano temblorosa hacia un

escabel en el que sentóse envarado Kircaldy.— No fio de ese francés, conde Kircaldy. Lleva, según dice, un mensaje de la corte del rey de Francia. Pero Morton Sanders no ha sabido quitárselo. Es torpe Morton Sanders. Estoy pensando en que deberé hacerle sustituir por otro hombre de más reciedumbre. Tú, por ejemplo, Kircaldy. Necesito depositar en alguien toda mi confianza. Puedo morir pronto e inesperadamente, Kircaldy. ¿Quién me sustituirá? ¿Morton Sanders? Es un «highlander» libre... ¿Erskine?

—Es un glotón sin sesos —dijo adustamente Kircaldy.

—¿Argyll?

—Es un fanático traidor.

—También es esa mi opinión. Por eso te he elegido a ti, conde Kirkaldy.

—Bien hiciste, conde Angus. Yo solo, valgo lo que Erskine, Argyll y Sanders juntos.

—Quisiera que me lo demostraras.

—Ponme a prueba.

—En el aposento donde encerraste a la inglesa, Morton Sanders ha encerrado al francés, pretextando que yo debía ser consultado. Yo necesito el mensaje que él lleva bajo el jubón. Quedóse con su espada y su daga.

—Presto dará razón de él mi espada.

—Es que si como presiento, es un espía al servicio de los ingleses, no quiero que muera. Porque deberé someterle a tortura en averiguación de quién le envió, y qué sucedió con el verdadero Messire Lucien Terral.

—¿No es él Lucien Terral?

—Los mensajeros que realmente envía Francia, tienen además de sus credenciales, una contraseña. Este francés trae realmente un mensaje con los sellos reales con la flor de lis. Pero al preguntarle Morton Sanders la frase convenida diciéndole: «¿No conocéis personalmente al conde Angus?», este supuesto mensajero no replicó como debiera. Para que pudiese cerciorarme de su personalidad sin ninguna mixtificación, debía haber dicho: «Mi deseo es que él me conozca», en vez de lo cual, este visitante respondió con la banal frase de que no tenía el honor de conocerme.

Púsose en pie Kircaldy.

—Entonces... ¡es un maldito espía inglés!

* * *

Carlos Lezama separóse de lady Denver al oír chirriar el cerrojo de la puerta.

Enmarcóse en el umbral la robusta y selvática figura de Douglas Kircaldy espada en mano. Tras él, cuatro escoceses llevando en la boina la pluma negra de los Mac Dougherty, avanzaron.

—¡Ríndete sin lucha, espía inglés! —conminó Kircaldy.

Carlos Lezama desenvainó su espada y su daga.

—Un nuevo insulto que añades a tu descortesía, Kircaldy. Soy huésped del conde Angus, y a quien aguardo es al capitán Morton Sanders, para que me lleve a presencia del conde Angus.

—Arroja al suelo tus armas o morirás.

Carlos Lezama consideró que habla llegado el momento en que a toda costa debía abrirse paso y conseguir fuera como fuese alcanzar el acceso a la escalera de caracol.

—¡Orden de apresarlo con vida, gente de Mac Dougherty!

Saltó hacia atrás Lezama después de hundir su daga en el cuello de uno de los plumas negras

Su espada detuvo la nueva acometida de Kircaldy... Pero en eco a los gritos de sus atacantes oyéronse a lo lejos en el pasadizo veloces pisadas de más refuerzos...

De pronto, cuando ya conseguía Lezama abrirse paso hacia la puerta después de derribar a otro componente del clan Mac Dougherty, vaciló sorprendido, más que por la reciedumbre del choque, por lo inesperado...

Sintió que una espesa niebla invadía su cerebro, pero antes de caer arrodillado, sin sentido, tuvo aun tiempo de ver que era lady Hermione Denver la que traidoramente, y por la espalda, acababa de asestarle un fuerte golpe con el candelabro que aún empuñaba.

—Estuviste oportuna, inglesa —rezongó el escocés—. Le diré al conde Angus que salvaste vidas de su clan, ayudando a la causa escocesa.

—Puedes también decirle al conde Angus, que he comprendido que es el hombre que puede saciar las más grandes ambiciones. Y consiento en ser su esposa.

Entre cinco escoceses, después de maniatar y rodear de ligaduras el cuerpo inerte del Pirata Negro, le levantaron en vilo.

—¡Al patio! —ordenó Kircaldy.

Iba ya a salir, cuando a sus espaldas, la voz de Hermione Denver dijo suavemente:

—Y recuerda, Douglas Kircaldy… que deseo tu amistad.

El aludido cerró bruscamente la puerta. Pero cuando seguía a la comitiva con él prisionero, iba germinando en su mente la idea de que 1o que se proponía el viejo y senil Angus Mac Dougherty, lo podía realizar muy bien él solo, y su clan… con la ayuda de lady Hermione Denver.

# FIN

35

# ¡Tres joyas de la moderna literatura de aventuras!




**TITULOS PUBLICADOS:**

1 — La espada justiciera.
2 — La bella corsaria.
3 — Sucedió en Jamaica.
4 — Brazo de hierro.
5 — La carabela de la muerte.
6 — El Leopardo.
7 — Cien vidas por una.
8 — La bahía de los tiburones.
9 — El corso maldito.
10 — Rebelión en Martinica.
11 — Los filibusteros.
12 — La primera derrota.
13 — La dama enmascarada.
14 — Los tres espadachines.
15 — Los mendigos del mar.
16 — El Rey de los Zíngaros.
17 — Noches fantasmales.
18 — Montbar, el exterminador.
20 — Frente a frente.
21 — Esclavitud y rescate.
22 — Deuda saldada.
23 — El holandés fantasma.
19 — La tumba de los caballeros.
24 — "Mezzomorto".
25 — Mares africanos.
26 — Enemigos irreconciliables.
27 — La ciudad invisible.
28 — El capitán Lezama.
29 — Contra viento y marea.
30 — Manopla de terciopelo.
31 — El caballero errante.
32 — Sucedió en Sevilla.
33 — La tizona toledana.
34 — Máscara de flores.
35 — Angus, el tenebroso.




**El patriota cien por cien, que lucha contra el invasor y combate a los opresores del pueblo.**

El descendiente de EL PIRATA NEGRO, cuyas hazañas son dignas de las de su antecesor.

**¡UN HEROE ESPAÑOL LEGITIMO!**

**TITULOS PUBLICADOS:**

1 — El bandolero heroico.
2 — Claveles sangrientos.
3 — El toro.
4 — Malatesta.
5 — La duquesa y el bandolero.
6 — El galán de la muerte.




Con sus superhumanas proezas, **será muy** pronto el héroe de todos preferido.

**TITULOS PUBLICADOS:**

1 — La muerte llama a la muerte.
2 — La mano del cadáver.
3 — La tumba del Gran Duque.
4 — El garito siniestro.
5 — El fantasma del castillo.

**Episodios prodigiosos... obsesionantes intrigas... amores borrascosos... Personajes devorados por ardientes pasiones, moviéndose en los más diversos y fascinantes escenarios. Una sorpresa en cada página... Un interés que crece y crece... son las características de estas tres obras excepcionales en su género, que presenta**

**EDITORIAL BRUGUERA**

**Un volumen quincenal, sólo cuesta TRES PESETAS**

# Notas

[1]Ver: El Caballero Errante < <